

55.

PRIMERA PARTE.



GASPAR, EDITORES.

4, PRINCIPE, 4.

MADRID. — 1882.

LA LIBRERÍA
PROPAGANDA LITERARIA UNIVERSAL.

CATÁLOGO MENSUAL ILUSTRADO

PUBLICADO POR LA CASA

GASPAR, EDITORES.

Contiene una lista de los libros nuevos que se publican en España y el extranjero.
Se remite grátis á cuantas personas lo soliciten.

OBRA NUEVA.

MAYNE-REID.

EL CERRO PERDIDO.

PRIMERA PARTE.

EDICION ILUSTRADA.

Una peseta en toda España.

EN PREPARACION.

VICTOR-HUGO.

LOS MISERABLES.

NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.

NUEVAS EDICIONES ILUSTRADAS.

C-2778

JULIO VERNE.

LA JANGADA.



BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR, EDITORES.

LA JANGADA.

OCHOCIENTAS LEGUAS POR EL RIO DE LAS AMAZONAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

POR

JULIO VERNE,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL

POR

D. N. F. CUESTA.

PRIMERA PARTE.

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.



GASPAR, EDITORES.

4, PRÍNCIPE, 4.

MADRID.—1882.

Es propiedad de los Editores.



LA JANGADA.

PRIMERA PARTE.

I.

UN CAPITAN DE LOS BOSQUES.

Chnyisgeggxpdxqxexhñu
 qgpgchnqyeleocruxbbfiild
 xhumñdyrfiillrxvqoedhruv
 vchchvetllxeecrfngrobbgrñ
 iulhrgrlldqrjichñzgmñxch
 bfttgchhoisrhñmllrlremfp
 yrubflqagdtllvotfvm ycred
 gruzbliqlxyudphozffspfiñ
 dhrcqvhwagdpsbgonlxhtf
 cnchhñullhegqchfnedfqqjpllv
 vxbfllrochfnhluzsl yrfmbo
 epvmñrcrutllruygopchluñt
 drqokbfuhdfisrqrñgshsuv
 ihd

El hombre que tenía en la mano el documento cuyo extravagante conjunto de letras formaba el último período, permaneció algunos instantes pensativo, después de haberle vuelto á leer con mucha atención.

El documento constaba de unas cien líneas que no estaban divididas en palabras. Parecía estar escrito hacía bastantes años, y sobre la hoja de papel grueso que cubrían aquellos jeroglíficos, el tiempo había ya impreso su tinte amarillento.

Pero ¿en virtud de qué regla se habían reunido aquellas letras? Sólo aquel hombre podía decirlo. En efecto, estos escritos cifrados son como las cerraduras de las grandes arcas modernas, y se defienden de la misma manera. Las combinaciones que presentan se cuentan por miles de millones, y la vida de un calculista no bastaría para enumerarlas todas. Hace falta la contraseña para

abrir el arca de seguridad, como hace falta conocer la cifra para leer un criptógrafo de aquel género. Por eso, como veremos más adelante, se le verá á éste resistir á las más ingeniosas tentativas, y esto en circunstancias de la mayor gravedad.

El hombre que acababa de leer aquel documento no era más que un simple capitán de bosques.

En el Brasil se designa con el título de «capitães do mato» los agentes empleados en la busca de los negros cimarrones. Es una institución que data de 1722. En aquella época las ideas antiesclavistas no se habían hecho lugar más que en el espíritu de algunos filántropos. Más de un siglo debía pasar aún antes que los pueblos civilizados las admitiesen y aplicasen. Parece, sin embargo, que es un derecho, el primero de los derechos naturales para el hombre, el de ser libre y pertenecerse, y no obstante, miles de años han trascurrido antes que el generoso pensamiento haya sido proclamado por algunas naciones.

En 1852, año en que va á desarrollarse esta historia, había todavía esclavos en el Brasil, y por consiguiente, capitanes de bosque para darles caza. Ciertas razones de economía política habían retardado la hora de la emancipación general; pero ya el negro tenía el derecho de rescatarse, y los hijos que nacían de él nacían libres. No estaba muy lejano el día en que en aquel magnífico país, en el cual cabrían las tres cuartas partes de la Europa, no se contaría un solo esclavo entre sus diez millones de habitantes.

En realidad, el cargo de capitán de bosque estaba llamado á desaparecer muy en breve, y los beneficios que producía la captura de los fugitivos habían disminuido considerablemente. Pero durante el largo período en que fueron bastante considerables los productos del oficio, los capitanes de bosque constituían un mundo de aventureros, compuesto ordinariamente de manumitidos y de desertores que obtenían poca estimación.

Aquellos cazadores de esclavos no debían pertenecer sino á la hez de la sociedad, y muy probablemente el hombre del documento no desluciría la poco recomendable milicia de los «capitães do mato.»

Este Torres, que así se llamaba, no era un mestizo, ni un indio, ni un negro, como la mayor parte de sus compañeros; era un blanco de origen brasileño, y que había recibido un poco más de instrucción que la que permitía su situación actual. En efecto, se creería ver en él uno de esos hombres decaídos de su clase, que tanto abundan en la lejana comarca del Nuevo Mundo, y en una época en que la ley brasileña excluía todavía de ciertos empleos á los mulatos y otros individuos de sangre mezclada. Si esta exclusión le alcanzaba á él, no debía atribuirse á su origen, sino á causa de indignidad personal.

En aquel momento, por otra parte, Torres no se

hallaba en el Brasil. Había pasado hacia poco la frontera, y al cabo de algunos días andaba errante por los bosques del Perú, en medio de los cuales se desenvuelve el curso del Alto Amazonas.

Torres era un hombre de cerca de treinta años, bien constituido, y sobre el cual no parecía haber hecho mella la fatiga de una existencia harto problemática, merced á su temperamento excepcional y á una salud de hierro.

De mediana estatura, ancho de hombros, de facciones regulares, de paso seguro, tenía el rostro tostado por el aire abrasador de los trópicos, y llevaba una espesa barba negra. Sus ojos, ocultos bajo las cejas que se juntaban, lanzaban esa mirada viva, pero seca, de las naturalezas impudentes. Al mismo tiempo, y donde el clima no había impreso su tinte bronceado, su rostro, en vez de sonrojarse fácilmente, debía más bien contraerse bajo el influjo de las malas pasiones.

Torres estaba vestido al uso muy rudimentario de corredor de los bosques. Su traje manifestaba tener muy largo uso. Cubría su cabeza un sombrero de cuero de anchas alas puesto al traves, y un calzon de lana gruesa se escondía entre las cañas de unas duras botas, que constituían la parte más sólida de aquella vestidura, y sobre todo, llevaba un *poncho* destefido y amarillento, que no permitía ver si tenía casaca ó chaleco que le cubriesen el pecho.

Pero aunque Torres fuese un capitán de bosques, era evidente que no ejercitaba aquel oficio, al ménos en las condiciones en que se encontraba actualmente. Esto, por lo que tocaba á sus medios de ataque ó defensa para la persecución de los negros. Nada de armas de fuego; ni fusil ni revólver. Solamente llevaba á la cintura uno de esos útiles que tienen más de sable que de cuchillo de caza, y que se llama *mashete*. Además de esto, Torres se hallaba provisto de una *enchada*, especie de azada, empleada muy especialmente en la persecución de los armadillos y de los agutís, que abundan en los bosques del Alto Amazonas, donde los *flavos* (1) son generalmente muy poco de temer.

De todos modos, aquel día, 4 de Marzo de 1852, este aventurero, ó se hallaba singularmente absorto en la lectura del documento en que tenía fijos los ojos, ó acostumbrado á vagar por los bosques de la América del Sur, permanecía indiferente á sus esplendores. En efecto, nada podía distraerle de su ocupación. Ni el grito prolongado de los monos aulladores, que Mr. Saint-Hilaire, ha comparado justamente al ruido del hacha del leñador cayendo sobre las ramas de los árboles; ni el seco retintín de los anillos del crótalo, serpiente poco agresiva en verdad, aunque excesivamente venenosa; ni la voz chillona del sapo cornudo, al que pertenece la palma de la fealdad en el género de

(1) Llámanse *flavos*, en general, á los animales monteses, como cabras, rebecos, gamos, etc. (N. del T.)

los reptiles; ni el canto á la vez sonoro y grave de la rana bramadora, que si no puede pretender igualarse al buey por la corpulencia, le iguala al ménos por el estrépito de sus mugidos.

Torres no oía nada de aquellos ruidos, que son como la voz compleja de los bosques del Nuevo Mundo. Echado al pié de un árbol magnífico, no estaba para admirar el alto ramaje de aquel *pao ferro*, ó madera de hierro, oscuro y descortezado, de apretada fibra, y duro como el metal, á quien reemplaza en las armas y los útiles del indio salvaje. ¡No! Abstraído en su pensamiento, el capitán de bosques daba vuelta entre sus dedos al singular documento. Con la clave de la cifra que poseía, daba á cada letra su verdadero valor y leía y comprobaba el sentido de aquellas palabras, incomprensibles para los demas, y entónces sonreía con una expresion maligna.

Despues se puso á murmurar algunas frases, que nadie podia oir en aquel sitio desierto del bosque peruano, y que, por otra parte, nadie hubiera podido comprender.

— Si — dice — véase un ciento de líneas bien claramente escritas, y que tienen para alguno que yo sé una importancia de que no puede dudar. Ese alguno es rico. Esta es una cuestion de vida ó muerte para él, y en todas partes esto se paga caro. »

Y mirando el documento con ávidos ojos, continuó:

— A un conto de reis solamente por cada una de las palabras de esta última frase, ascenderia á una buena suma (1).

» Ella resume todo el documento! ¡Ella da su verdadero nombre á los verdaderos personajes!.... Mas ántes de probar á comprenderla, hay que determinar el número de palabras que contiene. »

Y diciendo esto, Torres se puso á contar mentalmente.

— Tiene cincuenta y ocho palabras — exclama — lo cual hará cincuenta y ocho contos (2). ¡Nada! ¡Que con esto se puede vivir en el Brasil, en América, en todas partes donde se quiera, y vivir sin hacer nada! Pues ¿y qué sería si todas las palabras del documento me fueran pagadas á este precio? ¡Se podria contar entónces por centenares de contos!.... ¡Ah, con mil diablos! ¡Yo tengo ahí una fortuna que realizar, ó soy el último de los tontos!

Y pareciale que sus manos tocaban la enorme suma, y que empuñaban los cartuchos de monedas de oro.

Pero su pensamiento tomó entónces bruscamente un nuevo giro.

— En fin — vuelve á exclamar — ya toco al fin, y no sentiré las fatigas de este viaje, que me ha traído desde las orillas del Atlántico á las márgenes

del Alto Amazonas. Pero este hombre puede haber dejado la América, puede estar al otro lado de los mares, y entónces, ¿como haré yo para encontrarle?.... Pero no, él está aquí, y con sólo subirme á la cima de uno de estos árboles, podré descubrir el techo de la habitacion donde mora con toda su familia.

Despues, agarrando el papel y agitándole con un gesto febril, continuó:

— ¡Antes que pase mañana estaré en su presencia! ¡Antes que pase mañana sabrá que su honor y su vida están encerrados en estas líneas, y cuando él quiera conocer la clave que le permita leerlas, de muy buena gana él pagará esta clave! ¡El la pagará, si yo quiero, con toda su fortuna, como la pagaria con toda su sangre! ¡Ah, mil diablos!.... El digno compañero de armas que me entregó este precioso documento, que me ha proporcionado el secreto, que me ha dicho dónde encontraria á su antiguo colega y el nombre bajo que se oculta despues de tantos años, no podia sospechar que labraba mi fortuna!

Torres miró por última vez el papel amarillento, y despues de haberle doblado cuidadosamente, le guardó en una sólida cajita de cobre, que le servia tambien de portamonedas.

En verdad que si toda la fortuna de Torres se hallaba contenida en aquella cajita, que era del tamaño de una petaca, en ningun país del mundo habria pasado por rico. Tenía en ella unas pocas de todas las monedas de oro de los Estados circunvecinos. Dos dobles condores de los Estados Unidos de Colombia, que valian cerca de cien francos cada uno; una cantidad igual en bolívares venezolanos; soles del Perú por el doble; algunos escudos chilenos, por cincuenta francos á lo más, y algunas otras pequeñas piezas. No obstante, todo aquello sólo formaba una cantidad redonda de quinientos francos; y á pesar de su pequeñez, Torres se hubiera visto muy embarazado para decir dónde y cómo la habia adquirido.

Lo que habia de cierto era que Torres, despues de algunos meses de haber abandonado su oficio de capitán de bosques, que ejercia en la provincia de Para, habia subido por la cuenca del rio de las Amazonas, y atravesado la frontera para entrar en el territorio peruano.

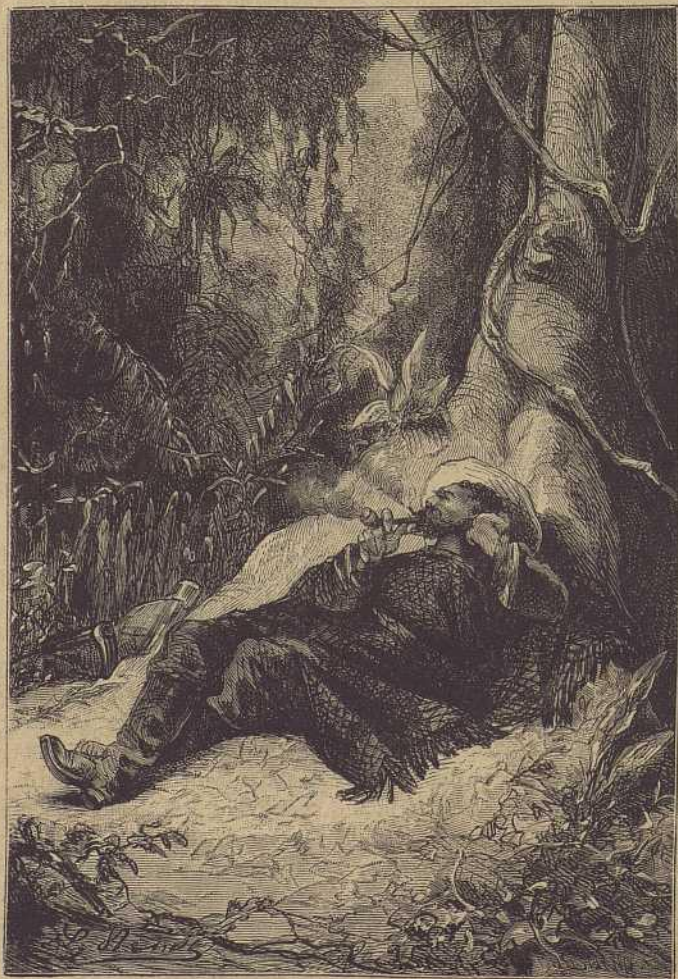
A este aventurero, por otra parte, le habian faltado muy pocas cosas para vivir.

¿Qué gustos le eran necesarios? Nada para su alojamiento, nada para su vestido. El bosque le facilitaba su alimento, que preparaba sin gastos, al uso de los corredores de las florestas. Bastábanle algunos reis para su tabaco que compraba en las Misiones ó en las pequeñas aldeas, así como para el aguardiente de su calabaza. Con muy poco podia ir bastante léjos.

Quando el papel estuvo encerrado en la cajita de metal, cuya tapa se cerraba herméticamente, Torres, en vez de volverla á poner en el bolsillo

(1) 1.000 reis valen cerca de 3 francos de moneda francesa, y un conto de reis asciende á unos 3.000 francos.

(2) 174.000 francos.



Torres encendió su pipa.

de la chaqueta que cubría su poncho, le pareció más conveniente, por un exceso de precaucion, depositarla cerca de él, en el hueco de una raíz del árbol á cuyo pié se hallaba tendido.

Esto era una imprudencia, que le podía costar cara.

Hacía mucho calor. El tiempo estaba pesado. Si la iglesia de la aldea inmediata hubiese tenido reloj, hubiera dado entónces las dos de la tarde, y Torres lo habria oído, merced al viento, porque sólo se encontraba á dos millas de la poblacion.

Pero, sin duda, la hora le era indiferente. Acostumbrado á guiarse por la altura, más ó ménos bien calculada, del sol bajo el horizonte, un aventurero no sabia llenar con exactitud militar todos os actos de la vida. Desayunábase ó comía cuan-

do le parecia conveniente ó cuando le era posible. Dormía donde y cuando el sueño le acometía. Si la mesa no estaba siempre puesta, el lecho, en cambio, siempre le tenía dispuesto al pié de un árbol, en la espesa maleza y en pleno bosque. Torres no era descontentadizo en las cuestiones de comodidad. Como habia caminado una gran parte de la mañana, y comido un poco, la necesidad de dormir se dejaba sentir impetuosamente. Así, pues, dos ó tres horas de descanso le pondrian en disposicion de poder continuar su camino. Acostóse, pues, sobre la hierba lo más cómodamente que le fué posible, y procuró conciliar el sueño.

Sin embargo, Torres no era de esas personas que se duermen sin tomar ántes algunas precauciones preliminares. Tenía, en primer lugar, la



Torres vuelve á emprender la persecucion.

costumbre de tomar algunos sorbos de licor fuerte, y despues de hecho esto, fumar una pipa. El aguardiente sobreexcita el cerebro, y el humo del tabaco se mezcla bien con el humo de los ensueños. A lo ménos, esta era su opinion.

Torres empezó, pues, por acercar á sus labios una calabaza que llevaba pendiente del costado y que estaba llena de aquel licor, conocido generalmente en el Perú con el nombre de *chicha*, y más particularmente con el de *caysuma* en el Alto Amazonas, y que es el producto de una ligera destilacion de la raíz de yuca dulce despues que se ha producido la fermentacion, al cual el capitan de los bosques, como hombre cuyo paladar estaba medio desgastado, creia deber añadir una buena dósis de aguardiente de caña.

Cuando hubo bebido algunos sorbos de aquel licor, agitó la calabaza, convenciéndose, no sin pesar, de que se hallaba casi vacía.

— A renovarla — dijo simplemente.

Despues, sacando una pipa corta de raíz, la llenó de ese tabaco acre y grosero del Brasil, cuyas hojas pertenecen al antiguo tabaco de hoja, introducido en Francia por Nicot, á quien se debe la vulgarizacion de la más productiva y más extendida de las solanáceas.

Este tabaco no tenia nada de comun con el escaferlati de primera clase que producen las manufacturas francesas; pero Torres no era más descontentadizo sobre este punto que sobre otros. Golpeando el pedernal con el eslabon, inflamó un poco de esa sustancia viscosa, conocida con el

nombre de *yescas de hormigas*, que segregan ciertos himenópteros, y encendió su pipa.

A la décima aspiración, sus ojos se cerraron, la pipa se escapó de sus dedos y se quedó dormido, ó más bien sumido en una especie de sopor que no era un sueño verdadero.

II.

LADRON Y ROBADO.

Hacia cerca de media hora que Torres dormía, cuando se oyó un ruido bajo los árboles. Era un ruido de pasos ligeros, como de algun individuo que caminase descalzo y tomando ciertas precauciones para no ser oído.

Ponerse en guardia contra toda visita sospechosa habria sido el primer cuidado del aventurero, á tener abiertos los ojos en aquel momento. Pero, no hallándose despierto, el que avanzaba pudo llegar hasta su presencia, sin haber sido descubierto.

Mas el que llegaba no era un hombre; era un *guariba*.

De todos los monos cuya cola posee la propiedad de asirse á cualquier parte, y que frecuentan los bosques del Alto Amazonas, como *sahius*, de forma graciosa; *sajus* cornudos, monos de pelo gris y sanguinos, que parece llevan una máscara sobre su rostro gesticulante, el *guariba*, sin contradicción, es el más original. De instinto sociable, poco feroz y muy diferente en esto del *murucura*, fiero y asqueroso, le agrada la sociedad y anda generalmente en bandadas. Su presencia se anuncia desde lejos por un concierto de voces monótonas, que parecen las oraciones salmodiadas de los cantantes. Pero, si la Naturaleza no le ha creado perverso, no se le debe atacar sin precauciones. En todo caso, un viajero dormido no deja de hallarse bastante expuesto, cuando un *guariba* le sorprende en esta situación y fuera de estado de defenderse.

Este mono, que se llama tambien *barbado* en el Brasil, es de gran estatura. La agilidad y la fuerza de sus miembros hacen de él un animal vigoroso, tan apto para luchar en tierra como para saltar de rama en rama hasta la cima de los gigantes del bosque.

Pero entonces éste avanzaba poco á poco y con prudencia. Miraba á todos lados y agitaba rápidamente su cola. A estos individuos de la raza simiana la Naturaleza no se ha contentado con darles cuatro manos, de donde les viene el nombre de cuadrumanos, sino que ha querido mostrarse más generosa, concediéndoles verdaderamente cinco, puesto que la extremidad de su apéndice posee una completa facultad de aprehension.

El *guariba* se aproxima sin hacer ruido, blandiendo un grueso palo, que, manejado por su bra-

zo vigoroso, podia llegar á ser un arma temible. Pasados algunos minutos desde que habia visto al hombre echado al pié del árbol, la inmovilidad del que dormía le alienta, sin duda, para venir á verle más de cerca. Se adelanta, pues, no sin algo de vacilación, y se detiene, en fin, á tres pasos de él.

Sobre su rostro barbudo se dibuja un gesto que descubre sus dientes acerados, blancos como el marfil, y agita la estaca de un modo poco seguro para el capitán de los bosques.

La vista de Torres no inspira seguramente al *guariba* muy benévolas ideas. ¿Debia tener, pues, algunos motivos particulares para querer mal á aquella muestra de la raza humana que la casualidad le presentaba sin defensa? Puede ser. Se sabe quanto conservan algunos animales la memoria de los malos tratamientos que reciben, y era muy posible que éste tuviese algo de rencor contra los corredores de los bosques.

En efecto, para los indios sobre todo, el mono es una caza que llama mucho la atención, sea cualquiera la especie á que pertenezca, y se le caza con todo el ardor de un Nemrod, no solamente por el placer de cazarle, sino tambien por el gusto de comérsele.

Pero si el *guariba* no parecia dispuesto á invertir esta vez los papeles conociendo que la Naturaleza sólo ha hecho de él un simple herbívoro; si no trataba de devorar al capitán de los bosques, parecia dispuesto á destruir, al ménos, á uno de sus enemigos naturales.

Así, despues de haberle contemplado algunos instantes, principió á dar vueltas en torno del árbol. Marchaba lentamente, conteniendo su aliento y aproximándose más y más. Su actitud era amenazadora; su fisonomía, feroz. Nada le era más fácil que matar de un solo golpe á aquel hombre inmóvil, y era lo cierto que en aquel instante la vida de Torres estaba pendiente de un hilo.

En efecto, el *guariba* se detiene por segunda vez junto al árbol, colocándose de modo que pudiera dominar la cabeza del hombre que dormía, y levanta la estaca para descargar el golpe.

Pero si Torres habia cometido una imprudencia ocultando en el hueco de la raíz la cajita que contenia su documento y su fortuna, esta imprudencia, sin embargo, fué la que le salvó la vida.

Un rayo de sol, deslizándose entre las ramas, vino á herir la cajita, cuyo metal bruñido brillaba como un espejo. El mono, con esa veleidad propia de su especie, inmediatamente se distrajo. Sus ideas—si es que un animal puede tenerlas—tomaron otro giro. Se baja, coge la cajita, retrocede algunos pasos, y levantándola hasta sus ojos la contempla no sin sorpresa.

Quizá se quedó más admirado cuando oyó resonar las piezas de oro que contenia. Aquel sonido le encanta. Era como un chupador en manos de un niño. Despues se la lleva á la boca, apretándo-

la fuertemente con sus dientes, pero sin lograr ni aún hacer mella en el metal.

Sin duda el guariba habia creído encontrar allí alguna fruta de nueva especie. Una gran almen-dra brillante, con un hueso que flotaba libremente dentro de su cáscara. Mas, aunque bien pronto comprendió su error, no creyó que por esto debía abandonar la caja. Por el contrario, la empuña fuertemente en la mano izquierda, y suelta la es-taca, que al caer rompe una rama seca.

Al ruido que hizo, Torres se despierta, y con la prontitud de las personas que siempre están al acecho, y para quienes es cosa tan fácil la transi-cion del sueño á la vigilia, al momento se puso en pié.

Al punto reconoció Torres al que tenía delante.

—¡Un guariba!— exclamó.

Y tomando la mancheta, que se encontraba junto á él, se preparó para la defensa.

El mono, asustado, habia retrocedido al punto, y ménos bravo delante de un hombre despierto que dormido, dando un rápido salto se sube sobre los árboles.

—¡Ya era tiempo!—exclama Torres.—¡El bri-bon me hubiera matado sin ninguna cereñonia!

De repente, ve entre las manos del mono, que se habia detenido á veinte pasos de él, y que le miraba haciéndole gestos, como burlándose, su preciosa cajita.

—¡El bribon no me ha matado, vuelve á decir, pero ha hecho otra cosa casi peor!.... ¡Me ha robado!

El pensamiento de que la cajita contenia todo su dinero, no fué, sin embargo, bastante á pre-ocuparle por el pronto. Lo que le hizo saltar de có-lera fué la idea de que la caja encerraba aquel documento, cuya pérdida, irreparable para él, entrañaba la de todas sus esperanzas.

—¡Mil diablos!—grita.

Y esta vez, queriendo recobrar á toda costa su caja, se lanza á la persecucion del guariba.

Harto conocia que no era muy fácil detener aquel ágil animal. En tierra se le escaparia bien pronto, y por las ramas, más pronto todavía. Un tiro bien dirigido podia bastar para detenerle en su carrera ó en su vuelo; pero Torres no tenía ningun arma de fuego. Su machete y su azada sólo podian dañar al guariba en la posibilidad de herirle de cerca.

Bien pronto conoció que el mono no podia ser detenido sino por la maña ó la sorpresa. De aquí la necesidad de usar de astucia con el malicioso animal. Detenerse, ocultarse detras del tronco de un árbol, desaparecer bajo el ramaje, é incitar al guariba, ya á detenerse, ya á volver sobre sus pa-sos, era lo único que podia intentarse. Esto fué lo que hizo Torres, y la persecucion principia bajo tales condiciones; mas cuando el capitan de los bosques desaparecia, el mono reparaba, sin mo-verse, lo que hacia, y en este ejercicio Torres se fatigaba sin resultado.

—¡Condenado guariba!—exclama luego.—¡No acabaremos nunca, y es capaz de volverme á lle-var así hasta la frontera brasileña! ¡Si al ménos soltase mi caja!.... ¡Pero no! ¡El sonido de las piezas de oro le divierte! ¡Ah ladron, si yo te llegara á echar mano!

Y Torres vuelve á emprender la persecucion, y el mono á escapársele con nuevo ardor.

Una hora se pasa en semejantes condiciones, sin obtener ningun resultado. Torres sentia una preocupacion muy natural. ¿Cómo no, si con aquel documento podia nadar en dinero?

La cólera se apodera de él entónces. Jura, gol-pea el suelo con el pié y amenaza al guariba. El terco animal le responde con una especie de risa burlona, la más á propósito para ponerle fuera de sí.

Torres vuelve á continuar la persecucion; corre hasta perder el aliento, y se enreda entre aquellas altas hierbas, aquellas espesas malezas y aquellas lianas entrelazadas, á traves de las cuales el gua-riba pasa como un corredor de *steeple-chase*. Las gruesas raíces ocultas entre las hierbas borran de vez en cuando los senderos. Tropieza, se levanta, y en fin, principia á gritar: «¡Socorro, socorro, al ladron!», como si pudiera ser oido.

Luégo, acabándosele las fuerzas y faltándole la respiracion, se vió obligado á detenerse.

—¡Mil diablos!—dice.—Cuando yo perseguia á los negros cimarrones á traves de las malezas, no me causaban tanto disgusto. ¡Pero yo atraparé á este mono maldito! ¡Yo iré tras él, sí, yo iré tras él, mientras que mis piernas puedan sostenerme, y ya nos veremos!

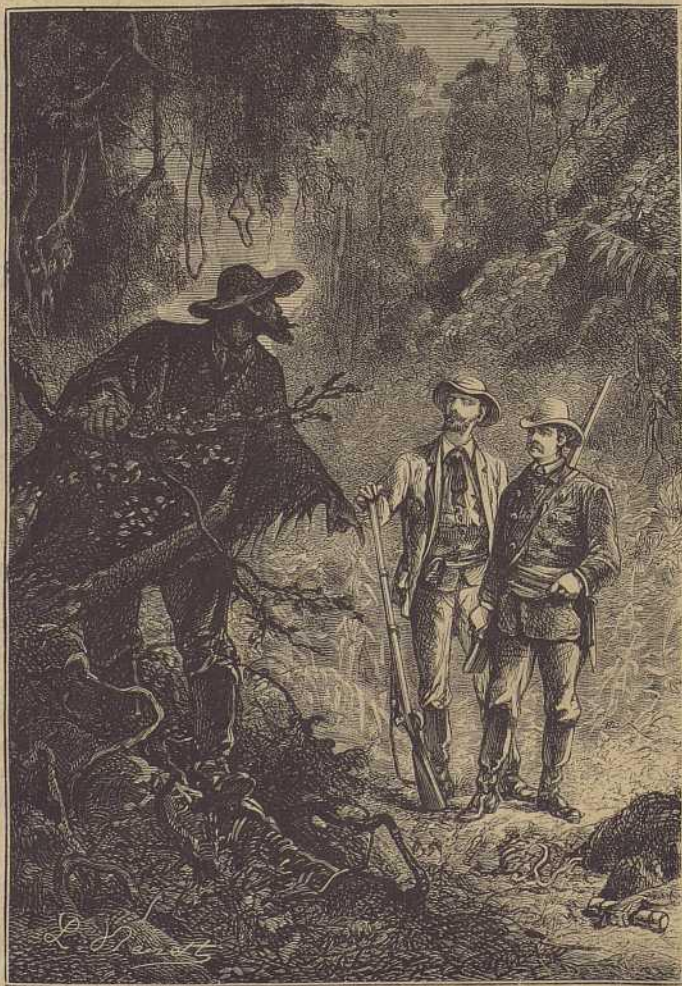
El guariba se habia quedado inmóvil, viendo que el aventurero cesaba de perseguirle, y se apro-vechaba de este intervalo para descansar, aunque estaba muy léjos de haber llegado á aquel grado de abatimiento que privaba de todo movimiento á Torres.

Permaneció en tal estado unos diez minutos, mascando algunas raíces que habia arrancado á flor de tierra, y haciendo sonar de tiempo en tiem-po la caja junto á su oreja.

Torres, exasperado, le tiró algunas piedras que llegaron á tocarle, aunque sin hacerle ningun da-ño, á causa de la distancia.

Era preciso, sin embargo, tomar un partido. Por una parte, parecia insensato continuar la persecu-cion del mono sin una seguridad de cogerle, y por otra aceptar con todas sus consecuencias aquel ca-pricho de la casualidad, era quedar no solamente vencido, sino tambien engañado y burlado por un despreciable animal, lo cual bastaba para cau-sar la desesperacion de cualquiera.

Y sin embargo, Torres estaba convencido que cuando llegase la noche el ladron se escaparia muy cómodamente, y él, el robado, tendria mucha dificultad para volver á encontrar su camino á tra-ves de aquel espeso bosque. En efecto, la perse-



Eran dos brasileños.

cucion le había llevado á algunas millas de la ribera del río, y le sería ya muy difícil volver á ella.

Aunque titubeando, procuró resumir sus ideas con sangre fría, y finalmente, después de haber proferido la última imprecación, se resuelve á abandonar toda idea de volver á recobrar su caja; pero lisonjeándose todavía, aún á despecho de su voluntad, de tener aquel documento en que estaba basado su porvenir, según el uso que pensaba hacer de él; se dijo que era preciso tentar un último esfuerzo.

Levántase pues.

El guariba se levanta también.

Da algunos pasos hacia adelante.

El mono hace otro tanto hacia atrás. Pero esta vez, en lugar de internarse en lo profundo del bos-

que, se detiene al pie de un grande *ficus*, árbol cuyas variedades son tan numerosas en toda la cuenca del Alto Amazonas.

Asirse al tronco con sus cuatro manos; trepar por él con la agilidad de un clown que imitase á un mono; agarrarse con la cola á las primeras ramas extendidas horizontalmente á cuarenta pies sobre el suelo; subirse después hasta la cima del árbol, hasta el sitio en que sus últimas ramas se inclinaban sobre él, no fué más que un juego para el ágil guariba, y negocio de algunos instantes.

Instalado allí con toda comodidad, continúa su interrumpida comida, cogiendo las frutas que se hallaban al alcance de su mano. ¡Torres también tenía gran necesidad de comer y de beber; pero le



Iquitos.

era imposible! ¡Su morral estaba limpio y su calabaza vacía!

Sin embargo, en lugar de retroceder, se dirigió hácia el árbol, por más que la posición adoptada por el mono fuese entonces muy desfavorable para él. No podía ni aún soñar en trepar á las ramas de aquel ficus, que su ladrón habría muy pronto abandonado por otro.

¡Y siempre la cajita, que no podía coger, resonaba en su oído!

En su furor y en su locura, Torres apostrofa al guariba. Sería imposible decir la serie de invectivas con que le regala. No se limita á llamarle mestizo, lo cual es una grave injuria en boca de un brasileño de raza blanca, sino que también le llama *curiboca*, esto es, mestizo de negro y de in-

dia; pues de todos los insultos que un hombre puede dirigir á otro, éste es el más cruel en aquella latitud ecuatorial.

Pero el mono, que no era más que un simple cuadrumano, se burlaba de todo lo que pudiera decirle un representante de la raza humana.

Torres entonces principia á tirarle piedras, raíces y todo lo que podía servirle de proyectil. ¿Tenía esperanza de herir gravemente al mono? No.... ya no sabía lo que se hacía. A decir verdad, la rabia que le causaba su impotencia le privaba de la razón. Quizá esperaba el instante en que, al hacer el guariba un movimiento para saltar de una rama á otra dejase caer la cajita, y aún que, para imitar los ademanes del agresor, llegara á tirársela á la cabeza.

Pero no; el mono procuraba retenerla, y aunque tenía ocupada una mano con ella, aún le quedaban tres para manejarse.

Torres, desesperado, iba ya á abandonar la partida y volverse hácia el Amazonas, cuando se dejó oír un rumor de voces. ¡Si!... un rumor de voces humanas.

Se hablaba á unos veinte pasos del sitio en que se encontraba parado el capitán de los bosques.

El primer cuidado de Torres fué ocultarse entre un espeso ramaje. Como hombre prudente, no quería dejarse ver sin saber, al ménos, ante quién podía hacerlo.

Palpitante, turbado, escuchaba con atento oído, cuando de repente se oyó la detonación de un arma de fuego.

Un grito la siguió, y el mono, mortalmente herido, cayó pesadamente al suelo, teniendo siempre la cajita de Torres en la mano.

—¡Por el diablo!....—exclama éste—véase una bala que llega á muy buen tiempo.

Y esta vez, no importándole que le vieran, salió de entre el ramaje á tiempo que dos jóvenes aparecían bajo los árboles.

Eran dos brasileños en traje de caza, con botas de cuero, ligero sombrero de palma, chaqueta, ó más bien casaca ceñida á la cintura, y más cómoda que el poncho nacional. Por sus facciones y su color, claramente se conocía que eran de sangre portuguesa.

Cada uno estaba armado con un largo fusil de fábrica española, que recuerdan algo las armas árabes; fusiles de largo alcance y de una gran precisión, y que los habitantes de los bosques del Alto Amazonas manejan con sumo acierto.

Lo que acababa de suceder era la prueba. A una distancia oblicua de más de ochenta pasos, el cuadrumano había sido herido en medio de la cabeza.

Además, los dos jóvenes llevaban á la cintura una especie de cuchillo-puñal, que se llama *faca* en el Brasil, y del cual los cazadores no vacilan hacer uso para atacar la onza y otros animales, si no tan terribles, al ménos bastante numerosos en aquellos bosques.

Evidentemente, Torres nada tenía que temer de aquel encuentro, y se apresuró á correr hácia el cuerpo del mono.

Pero los jóvenes, que avanzaban en la misma dirección, tenían ménos camino que andar, y se habían aproximado algunos pasos cuando se encontraron enfrente de Torres.

Éste había recobrado su presencia de ánimo.

—¡Muchas gracias!.... señores!—les dijo alegremente quitándose el sombrero.—Me habeis hecho un gran servicio matando á este perverso animal.

Los cazadores se miraron, sin comprender desde luego por qué se les daban las gracias.

En pocas palabras les puso Torres al corriente de lo que ocurría.

—Habeis creído matar sólo á un mono—vuelve á decirles—y en realidad habeis matado un ladrón.

—Si nosotros os hemos sido útiles—respondió el más joven de los dos—ha sido á golpe seguro y sin sospecharlo; mas no por esto nos conceptuamos ménos dichosos si os hemos servido de alguna cosa.

Y dando algunos pasos atrás, se inclina sobre el guariba y retira, no sin esfuerzo, la cajita de su mano crispada todavía.

—Ved lo que sin duda os pertenece, señor—dice.

—Esto es—responde Torres, que toma apresuradamente la cajita, sin poder contener un gran suspiro de consuelo.

—¿A quién debo agradecer, señores, el servicio que se me acaba de hacer?

—A mi amigo Manuel, ayudante mayor de médico en el ejército brasileño—dice el joven.

—Si yo he sido el que ha tirado al mono—replica Manuel—tú fuiste quien me le hizo ver, mi querido Benito.

—En ese caso, señores—replica Torres—á los dos me hallo obligado; tanto al señor Manuel, como al señor....

—Benito Garral—responde Manuel.

Mucha fuerza de ánimo necesitó el capitán de los bosques para no estremecerse al oír aquel nombre, y sobre todo, cuando el joven añade con galantería:

—La granja de mi padre Juan Garral se halla á tres millas de aquí (1). Si os place, señor....

—Torres—responde el aventurero.

—Si os place, señor Torres, venir con nosotros, seréis bien recibido.

—Yo no sé si podré—contesta Torres, que, sorprendido por aquel encuentro inesperado, vacilaba en tomar su partido.—Temo, á la verdad, no poder admitir vuestra oferta. El incidente que acabo de referir me ha hecho perder mucho tiempo.... Tengo que volver prontamente hácia el Amazonas, porque cuento con bajar hasta Para.

—Entonces, señor Torres—repuso Benito—es muy probable que volvamos á vernos, porque ántes de un mes mi padre y toda su familia habrán tomado el mismo camino que vos.

—¡Ah!—exclama vivamente Torres.—¿Vuestro padre trata de volver á pasar la frontera brasileña?

—Sí, para un viaje de algunos meses—respondió Benito.—Al ménos, nosotros esperamos decirle. ¿No es esto, Manuel?

Manuel hace un signo afirmativo de cabeza.

—Y bien, señores—vuelve á decir Torres.—Es, en efecto, muy posible que volvamos á encontrarnos en nuestro camino. Mas yo no puedo, aunque

(1) Las medidas itinerarias en el Brasil son la pequeña milla, que vale 2.000 metros, y la legua común ó gran milla, que vale 6.180 metros.

con sentimiento, aceptar vuestra oferta en este instante. Os lo agradezco, sin embargo, y me considero doblemente obligado.

Y dicho esto, saluda á los dos jóvenes, que le devuelven el saludo y toman el camino de su granja.

En cuanto á Torres, les contempla alejarse. Despues, cuando los hubo perdido de vista, exclama con una voz cavernosa:

— ¡ Ah!..... ¡ Él va á pasar la frontera! ¡ Que la pase, pues, y así se encontrará mejor á disposicion mia!..... ¡ Buen viaje, Juan Garral!

Y dichas estas palabras, el capitan de los bosques se dirige hácia el Sud, de modo que pudiese encontrar la orilla izquierda del rio por el camino más corto, desapareciendo muy presto entre la espesa arboleda.

III.

LA FAMILIA GARRAL.

La aldea de Iquitos se halla situada cerca de la orilla izquierda del Amazonas, poco más ó menos sobre el 74° meridiano, en aquella parte del gran rio, que lleva aún el nombre de Marañon, cuyo lecho separa el Perú de la República del Ecuador, á cincuenta y cinco leguas hácia el Oeste de la frontera del Brasil.

Iquitos fué fundado por los misioneros, como todas las casas, aldeas y lugarcillos que se hallan en la cuenca del Amazonas. Hasta el año décimoséptimo de este siglo, los indios iquitos, que formaron por un momento su única poblacion, estaban retirados en el interior de la provincia, bastante léjos del rio. Pero un dia los manantiales de su territorio se secaron á consecuencia de una erupcion volcánica, y se vieron en la necesidad de venir á establecerse en la izquierda del Marañon. La raza se alteró bien pronto, á consecuencia de los enlaces que contrajeron con los indios ribereños, Ticunas ú Omagas, y hasta hoy dia Iquitos sólo cuenta con una poblacion mixta, á la cual se deben añadir algunos españoles y dos ó tres familias de mestizos.

Unas cuarenta chozas, bastante miserables, cuyo techo de bálagó apénas las hacía dignas del nombre de cabañas, componian toda la aldea, aunque por otra parte se hallaban pintorescamente agrupadas en una explanada que dominaba las orillas del rio á unos sesenta piés de elevacion. Una escalera hecha de troncos, transversalmente colocados, facilita el acceso á la aldea; pero se oculta tanto á los ojos del forastero, que éste no se atreve á trepar por ella, porque la bajada le parece imposible. Mas una vez sobre la altura, encuéntrase delante de una cerca, poco resguardada, de arbustos variados y plantas arborescentes, liadas por cordones de lianas que se extienden aqui y allí, desde las copas de los bananeros y de palmeras de la más elegante especie.

En aquella época, y sin duda la moda tardará mucho tiempo en modificar el traje primitivo, los indios de Iquitos iban poco ménos que desnudos. Solamente los españoles y los mestizos, que miraban con gran desden á sus conciudadanos indígenas, iban vestidos con una simple camisa, un pantalon ligero de telilla de algodón, y se cubrian la cabeza con un sombrero de paja. Por lo demas, todos vivian miserablemente en este lugarcillo, tratándose y juntándose poco; y si alguna vez se reunian, era únicamente en las horas en que la campana de la Mision les llamaba á la casa medio derruida que servia de iglesia.

Pero si la vida se encontraba en el estado casi rudimentario en el lugarejo de Iquitos, como en la mayor parte de las aldeillas del Alto Amazonas, no había más que andar una legua bajando hácia el rio, para ver en la misma ribera un rico establecimiento, donde se encontraban reunidos todos los elementos para gozar una vida cómoda.

Éste era la granja de Juan Garral, hácia la cual volvian los dos jóvenes, despues de su encuentro con el capitan de los bosques.

Allí, sobre un recodo del rio, en la confluencia del Nanay, ancho de quinientos piés, hacia bastantes años que estaba fundada aquella granja, aquella alquería, ó para emplear la expresion del país, aquella *fazenda*, entónces en plena prosperidad. Bañábala al Norte la orilla derecha del Nanay en un espacio de una pequeña milla, teniendo una anchura igual al Este, por donde tocaba á la ribera del gran rio. Al Oeste, pequeñas corrientes de agua, tributarias del Nanay, y algunas lagunas de mediana extension, la separaban de la sabana y de las campiñas destinadas á pasto de los animales.

Allí era donde Juan Garral, en 1826, veinte y seis años ántes de la época en que principia esta historia, fué acogido por el propietario de la *fazenda*.

Aquel portugues, llamado Magallánes, no tenía más industria que la de explotar las maderas del país; y su establecimiento, recientemente fundado, ocupaba entónces una media milla á la ribera del rio.

Allí, Magallánes, hospitalario como todos los portugueses de antigua raza, vivia con su hija Yaquita, que despues de la muerte de su madre habia tomado el gobierno de la casa. Magallánes era un buen trabajador, duro; pero carecia de instruccion. Aunque sabía dirigir algunos esclavos que poseia y la docena de indios cuyos servicios ajustaba, mostrábase muy poco apto en las operaciones exteriores de su comercio. Así, pues, faltar de saber, el establecimiento de Iquitos no prosperaba, y los asuntos del negociante portugues se encontraban bastante confusos.

En aquellas circunstancias fué cuando Juan Garral, que contaba entónces veintidos años, se



Desde la ribera del río no se veía más que la casa forestal.

encontró un día con Magallanes. Había llegado al país al cabo de muchos esfuerzos y apuros. Magallanes le había encontrado en un bosque vecino, medio muerto de hambre y de fatiga. Aquel portugués tenía un gran corazón, y no preguntó al desconocido de dónde venía, sino lo que necesitaba. El rostro noble y altivo de Juan Garral, á pesar de su debilidad, le había interesado. Le recogió, le hizo ponerse en pie, y le ofreció desde luego, y por algunos días, una hospitalidad que debía durar toda su vida.

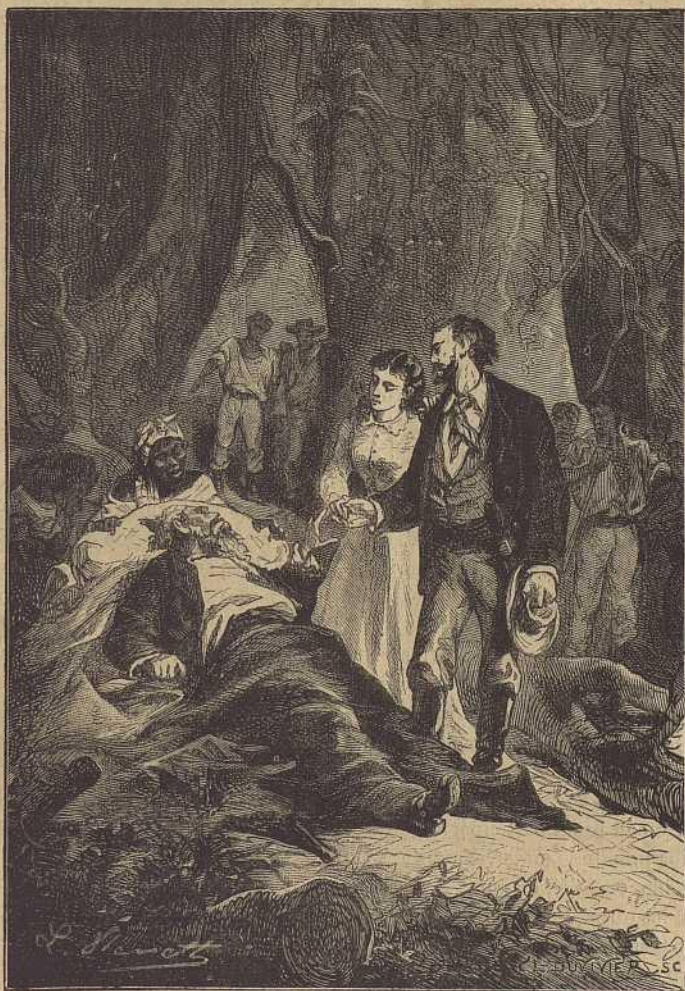
Véase, pues, por qué circunstancias se introdujo Juan Garral en la granja de Iquitos.

Era brasileño, y se encontraba sin familia ni fortuna. Los disgustos, decía él, le habían obligado á expatriarse y á renunciar á toda idea de vol-

ver á su patria, y rogó á su huésped que no le preguntase nada sobre sus desgracias pasadas, desgracias tan graves como innmerecidas. Lo que él buscaba, lo que él quería, era una vida nueva, una vida de trabajo. Había andado un poco á la ventura con la idea de establecerse en alguna hacienda del interior. Era instruido, inteligente, y tenía en toda su presencia ese no sé qué que revela al hombre sincero, de alma pura y recta. Magallanes quedó seducido, y le rogó permaneciese en la Hacienda, donde podría introducir lo que faltaba al digno granjero.

Juan Garral aceptó sin vacilar

La intencion había sido entrar desde luego en un *seringal*, explotación de cautchouc, donde un buen obrero ganaba en aquella época cinco ó seis



Exigió una promesa que le fué otorgada.

piastras (1) diarias, y podía esperar encontrar patron por poco que la suerte le favoreciese; pero Magallanes le hizo observar justamente que, si la paga era crecida, no se hallaba trabajo en el seringal más que en la época de la recolección, es decir, durante únicamente algunos meses, lo cual no podía constituir una posición estable y tal como él debía desearla.

El portugués tenía razón. Juan Garra! lo comprendió, y entró resueltamente al servicio de la *fazenda*, decidido á consagrarle todas sus fuerzas.

No tuvo Magallanes motivo para arrepentirse de la buena acción que ejecutara. Sus negocios se restablecieron. Su comercio de maderas, que por

el Amazonas se extendía hasta Para, tomó bien pronto, bajo la dirección de Juan Garra!, una extensión considerable. La *fazenda* no tardó en aumentar sus proporciones, y se desarrolló sobre la ribera del río hasta la embocadura del Nanay. De la habitación se hizo una hermosa morada, con un piso alto cercado de un *verandah* ó corredor, y medio encerrada entre hermosos árboles, como mimosas, higueras, sicomoros y paulinias, cuyo tronco desaparecía bajo un enrejado de granadillas, de bromelias de flores escarlata y de caprichosas lianas enredaderas.

A lo lejos, detrás de los gigantescos matorrales y de un espeso mazorral de plantas arborescentes, se ocultaba el conjunto de las construcciones donde habitaba el personal de la *fazenda*. Las habi-

(1) Cerca de 30 francos, paga que se eleva algunas veces á 100.

taciones comunes á todos, las casetas de los negros, las cabañas de los indios. Desde la ribera del río, guarnecida de cañas y otras plantas acuáticas, no se veía más que la casa forestal.

Una vasta campiña, cuidadosamente desmontada á lo largo de las lagunas, ofrecía excelentes pastos, y los animales abundaban. Esto fué una nueva fuente de grandes beneficios en aquellas ricas comarcas, donde un rebaño se duplica en cuatro años dando un diez por ciento de interés solamente con la venta de la carne y de las pieles de los animales degollados para consumo de los criadores. Se establecieron algunos *sítios* ó plantaciones de yuca y de café en aquellas partes del bosque despejadas por la corta de árboles. Los plantíos de caña de azúcar exigieron bien pronto la construcción de un molino para la presión de las cañas sacarinas destinadas á la fabricación de la melaza, el aguardiente y el ron. Brevemente, diez años después de la llegada de Juan Garral á la granja de Iquitos, la *fazenda* se había convertido en uno de los más ricos establecimientos del Alto Amazonas. Gracias á la buena dirección dada por el joven encargado á los trabajos del interior y á los negocios de fuera, su prosperidad iba en aumento de día en día.

El portugués no había tardado mucho tiempo en reconocer lo que debía á Juan Garral. A fin de recompensarle según su mérito, le había interesado desde luego en los beneficios de su explotación, y más adelante, á los cuatro años después de su llegada, le había hecho su socio, con las mismas atribuciones que él y con igual participación.

Pero aún meditaba premiarle mejor. Yaquita, su hija, había reconocido, como él, en aquel joven silencioso, dulce con los otros, duro consigo mismo, importantes cualidades de corazón y de talento. Ella le amaba; pero aunque, por su parte, Juan no hubiera sido insensible á los méritos y á la bondad de aquella hermosa joven, fuese por orgullo ó fuese por reserva, él no parecía dispuesto á pedirle en matrimonio.

Un grave suceso apresuró la solución.

Dirigiendo Magallanes cierto día una corta de árboles, fué herido mortalmente por la caída de uno de ellos. Trasportado casi sin movimiento á la granja, y sintiéndose perdido, levanta á Yaquita, que lloraba á su lado, la toma la mano y la une á la de Juan Garral, haciendo jurar á éste que la tomaría por esposa.

—Tú has rehecho mi fortuna—le dice—y yo no moriré tranquilo si por medio de esta unión no advierto asegurado el porvenir de mi hija.

—Yo puedo quedar siendo su servidor más adicto, su hermano, su protector, sin ser su esposo—había desde luego contestado Juan Garral.—Yo os lo debo todo, Magallanes, y no lo olvidaré jamás; pero el precio á que quereis pagar mis servicios es muy superior á su mérito.

Pero el viejo insistió; la muerte no le permitía

aguardar, y exigió una promesa que le fué otorgada.

Yaquita tenía entonces veintidos años; Juan, veintiseis; los dos se amaban, y se unieron algunas horas antes de la muerte de Magallanes, que aún tuvo fuerzas bastantes para bendecir su unión.

Por consecuencia de estas circunstancias, Juan Garral quedó en 1830 como nuevo granjero de Iquitos, con extrema satisfacción de todos los que componían el personal de la quinta.

La prosperidad del establecimiento no podía ménos de aumentarse dirigido por aquellas dos inteligencias reunidas en un solo corazón.

Un año después de su enlace, Yaquita dió un hijo á su marido, y dos años más tarde, una hija; Benito y Minha, los nietos del viejo portugués debían ser dignos de su abuelo, y los hijos dignos de Juan y de Yaquita.

La niña se criaba hermosa, sin salir un solo instante de la *fazenda*. Educada en ese centro puro y sano, en ese centro de aquella naturaleza hermosísima de las regiones tropicales, la educación que la daba su madre y la instrucción que recibía de su padre fueron suficientes para ella. ¿Qué más hubiera podido aprender en un convento de Manao ó de Belem? ¿Y dónde podría haber encontrado mejores ejemplos de todas las virtudes privadas? ¿Su corazón y su talento serían más delicadamente formados lejos del hogar paterno? Si el destino la reservaba el suceder á su madre en la administración de la *fazenda*, ella sabría ponerse á la altura que conviniera á aquella situación en lo venidero.

En cuanto á Benito, ya fué otra cosa. Su padre quiso, y con razón, que recibiese una educación tan sólida y tan completa como se daba entonces en las grandes ciudades del Brasil. Ya el rico granjero no tenía nada que negarse tratándose de su hijo. Benito manifestaba felices disposiciones, un talento claro, una inteligencia viva, y cualidades del corazón iguales á las del ingenio. A la edad de doce años se le envió á Para, á Belem, y allí, bajo la dirección de excelentes profesores, adquirió los elementos de una educación que debía hacer de él un hombre distinguido. Nada le fué difícil en las letras, las ciencias y las artes, y se instruyó como si la fortuna de su padre no le hubiera permitido vivir ocioso. No era de los que se imaginan que la riqueza dispensa del trabajo; al contrario, era uno de esos nobles espíritus, firmes y rectos, que creen que nada se debe sustraer á aquella obligación natural, si se quiere hacerse digno del título de hombre.

Durante los primeros años de su permanencia en Belem, Benito había contraído relaciones con Manuel Valdés. Este joven, hijo de un negociante de Para, seguía sus estudios en el mismo instituto que Benito. La conformidad de sus caracteres y de sus gustos no tardó en unirlos con una estrecha

amistad, y fueron dos inseparables compañeros.

Manuel, nacido en 1832, tenía un año ménos que Benito. No tenía más que su madre, que vivía de la modesta fortuna que la había dejado su marido. Así, cuando terminó sus primeros estudios, siguió la carrera de Medicina. Tenía un gusto excesivo por esta noble profesion, y era su intento entrar en el servicio militar, hácia el cual se sentía sumamente inclinado.

En la época en que le venimos á encontrar con su amigo Benito había obtenido ya su primer grado, y había venido á disfrutar algunos meses de licencia á la *fazenda*, donde tenía la costumbre de pasar sus vacaciones. Este jóven, de buen rostro, de fisonomía distinguida y de cierta arrogancia natural, que le sentaba muy bien, era un hijo más que Juan y Yaquita contaban en la casa. Pero si esta cualidad de hijo le hacía el hermano de Benito, semejante título le había parecido insuficiente respecto de Minha, y bien pronto debía unirse á la jóven con un lazo más estrecho que el que une á una hermana y á un hermano.

En el año 1852—habían ya pasado cuatro meses desde el principio de esta historia—Juan Garral contaba cuarenta y ocho años. Bajo un clima devorador, que gasta la vida muy pronto, por su sobriedad, la precaucion en satisfacer sus gustos y la moralidad de su vida, toda trabajo, pudo resistir allí donde otros caducan ántes de tiempo. Sus cabellos, que gastaba cortos, y su barba, que llevaba entera, empezaban ya á ponerse grises, y le daban el aspecto de un puritano. La honradez proverbial de los comerciantes y hacendados brasileños estaba impresa en su fisonomía, en la cual la rectitud era el carácter más notable. Aunque de temperamento tranquilo, notábase en él como un fuego interior, que la voluntad sabía dominar. La pureza de su mirada indicaba una fuerza muy grande, á la cual no debía jamas apelar en vano cuando se trataba de portarse con honor.

Y sin embargo, en este hombre tranquilo, que parecia haber conseguido cuanto puede desearse en la vida, se advertía un fondo de tristeza, que la misma ternura de Yaquita no había podido vencer.

¿Por qué este hombre recto, considerado por todos, puesto en las condiciones que deben asegurar la dicha, no manifestaba una expansion radiante? ¿Por qué aparecía no poder ser dichoso, cuando procuraba que los demas lo fuesen? ¿Debía atribuirse esta disposicion á algun secreto pesar? Esto era un motivo de constante preocupacion para su esposa.

Yaquita tenía entónces cuarenta y cuatro años. En aquel país tropical, donde sus semejantes eran ya viejas á los treinta, ella había podido resistir á las disolventes influencias del clima. Sus facciones, un poco duras, pero hermosas todavía, conservaban ese arrogante diseño del tipo portugues, en el que la nobleza del rostro se une á la dignidad del alma.

Benito y Minha correspondían con un cariño sin límites, que se demostraba en todas las ocasiones, al amor que sus padres manifestaban por ellos.

Benito, de veinte y un años entónces, vivo, animoso, simpático, todo exterioridad, contrastaba en esto con su amigo Manuel, más serio, más reflexivo. Había sido un placer extraordinario para él, despues de un año pasado en Belem, léjos de la quinta, volverse á hallar con su jóven amigo en la mansion paterna, haber vuelto á ver á su padre, su madre y su hermana, y encontrarse, en fin, él, que era un cazador temerario, en medio de los soberbios bosques del Alto Amazonas, de los que el hombre, durante muchos años, no penetrará todavía los secretos.

Minha tenía entónces veinte años. Era una hermosa jóven morena, con ojos azules, de esos ojos que hablan al alma. De mediana estatura, bien formada y de una gracia vivaz, recordaba el bello tipo de Yaquita, un poco más sería que su hermano: buena, caritativa y benéfica, era querida de todos. Sobre este punto podía preguntarse sin temor á los más ínfimos criados de la granja. Por ejemplo, no se hubiera podido preguntar al amigo de su hermano, á Manuel Valdés, cómo la encontraba. Este se hallaba muy interesado en la cuestion, y no habría podido responder sin algo de parcialidad.

La pintura de la familia Garral no estaria bien acabada y la faltarian algunas pinceladas si no se hablase del numeroso personal de la *fazenda*.

En primer lugar debemos nombrar á una vieja negra, de sesenta años, llamada Cibéles, libre por la voluntad de su amo, y esclava por el afecto que á él y á los suyos profesaba, y que había sido la nodriza de Yaquita. Ella pertenecía ya á la familia y trataba con toda familiaridad á la madre y á la hija. Toda la vida de esta excelente criatura se había pasado en aquellos campos, en medio de aquellos bosques y junto á aquella ribera del rio, que limitaba el horizonte de la quinta. Había venido muy niña á Iquitos; en el tiempo en que aún se hacía la trata de negros, no salió jamas de la aldeita, donde se casó, habiendo quedado viuda muy temprano, y perdiendo á su único hijo, consagróse enteramente al servicio de Magallanes. No conocía más del territorio del Amazonas que lo que se desplegaba ante su vista.

Con ella, y más especialmente consagrada al servicio de Minha, había una linda y alegre mulata de la edad de la jóven, y que le era completamente adicta. Llamábase Lina, y era una de esas preciosas criaturas, un poco mal criadas, á las cuales se les permite una gran familiaridad, pero que, en cambio, adoran á sus señoras. Viva, traviesa, cariñosa, todo la era permitido en la casa.

En cuanto á los demas sirvientes, los había de dos clases. Los indios, en número de unos ciento, empleados á sueldo en los trabajos de la quinta, y los negros, dobles en número, que no nacían libres to-



Minha tenía entonces veinte años.

davía; pero cuyos hijos ya no eran esclavos. Juan Garral se había anticipado en esta vía al Gobierno brasileño. En este país, con todo, más que en ningún otro, los negros traídos de Benguela, del Congo y de la Costa de Oro son siempre tratados con dulzura, y no había que buscar en la hacienda de Iquitos esos tristes ejemplos de crueldad, tan frecuentes en las plantaciones extranjeras.

IV.

VACILACIONES.

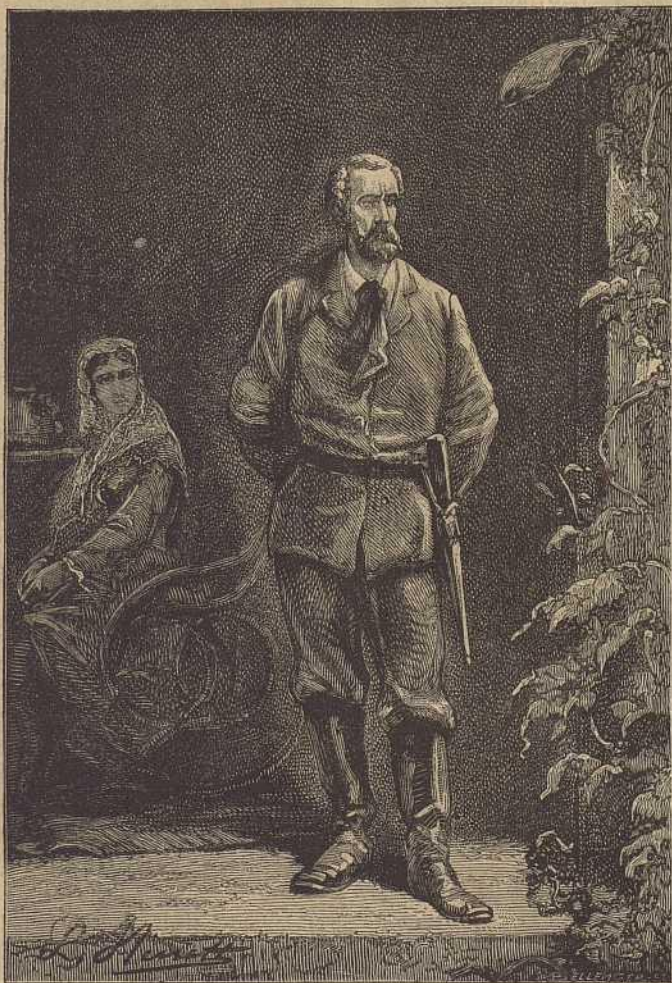
Manuel amaba á la hermana de su amigo Benito, y ella correspondía á su cariño. Los dos habían podido apreciarse, y eran verdaderamente dignos uno de otro.

Cuando Manuel estuvo convencido de que no se equivocaba respecto de los sentimientos que experimentaba por Minha, se franqueó desde luego con Benito.

—Amigo Manuel—le había contestado al punto el entusiasta joven—tú tienes una hermosa razón para quererte casar con mi hermana. Déjame hacer. Voy á empezar por hablar á nuestra madre, y creo poderte ofrecer que su consentimiento no se hará esperar.

Media hora despues estaba hecho. Benito no había tenido nada que descubrir á su madre: la buena Yaquita había leído ántes que ellos en el corazón de los dos jóvenes.

Diez minutos despues, Benito se hallaba en presencia de Minha. Es forzoso convenir que no tuvo



Juan Garral se habia levantado.

que emplear con ella grandes recursos de elocuencia. A las primeras palabras, la amable niña inclinó la cabeza en el hombro de su hermano, y esta declaración: «Yo consiento» salió de su corazón directamente.

La respuesta iba casi delante de la cuestión. Esta estaba clara, y Benito no pidió más ventaja.

Respecto al consentimiento de Juan Garral, no había que abrigar la menor duda. Si Yaquita y sus hijos no le hablaron al punto de aquel proyecto de unión, fué porque con el asunto del casamiento querían tratar al mismo tiempo una cuestión que podía ser muy bien difícil de resolver. Esta era en qué lugar se celebraría el matrimonio.

En efecto, ¿dónde se celebraría? ¿En aquella

modesta cabaña que servía de iglesia á la aldeita? ¿Por qué no, puesto que en ella Juan y Yaquita habían recibido la bendición nupcial del Padre Passanha, que era entonces el cura de la parroquia de Iquitos? En aquella época, como en la actual, se confundía en el Brasil el acto civil con el acto religioso, y los registros de la Misión bastaban para hacer constar la regularidad de una situación que ningún oficial del estado civil había sido encargado de establecer.

Era muy probable que éste fuese el deseo de Juan Garral; que el matrimonio se celebrase en el lugar de Iquitos, con gran ceremonia y con asistencia de todo el personal de la quinta. Pero si tal era su pensamiento, debía sufrir un fuerte ataque con tal motivo.

—Manuel—había dicho la joven á su prometido—si yo fuese consultada, no será aquí, sino en Para, donde se celebre nuestro matrimonio. La señora de Valdés está enferma; no puede trasladarse á Iquitos, y yo no querría ser su hija sin haberla conocido ántes y sin que ella me conociera á mí. Mi madre piensa como yo en todo esto. Por esto quisiéramos decidir á mi padre á que nos lleve á Belem, al lado de aquélla cuya casa debe ser en breve la mia. ¿No lo aprobais?

A esta pregunta habia respondido Manuel estrechando la mano de Minha. Era para él el más ardiente deseo que su madre asistiera á la ceremonia de su casamiento. Benito habia aprobado este proyecto sin reserva, y ya no se trataba más que de decidir á Juan Garral.

Y si aquel día los dos jóvenes habian ido á cazar al bosque, fué con objeto de dejar solos á Yaquita y á su marido.

A la hora del mediodía, encontrábanse los dos en la sala grande de la habitacion.

Juan Garral, que acababa de entrar, se hallaba tendido en un divan de bambú finamente tejido, cuando, un tanto conmovida, vino Yaquita á colocarse junto á él.

No era lo que la preocupaba manifestar á Juan cuáles eran los sentimientos que animaban á Manuel respecto de su hija. La dicha de Minha no podia ménos de asegurarse con este matrimonio, y Juan se consideraria feliz abriendo los brazos á este nuevo hijo, cuyas formales cualidades conocia y apreciaba. Pero Yaquita conocia que decidir á su marido á dejar la hacienda era una gravísima cuestion.

En efecto, desde que Juan Garral, joven aún, habia llegado á aquel país, jamas estuvo ausente por más de un día. Aunque la vista del Amazonas, con sus aguas dulcemente conducidas hácia el Este, invitasen á seguir su curso; aunque Juan enviaba todos los años cargamentos de madera á Manao ó Belem ó al litoral de Para; aunque veia partir á Benito despues de las vacaciones para continuar sus estudios, jamas pareció tener deseos de acompañarle.

Los productos de la granja, tanto los de los bosques como los de la campiña, el hacendado hubiérase dicho que no queria franquear con el pensamiento ni con la vista el horizonte que limitaba aquel eden, donde estaba su vida concentrada.

Deduciase de aquí, que si, despues de veinticinco años, Juan Garral no habia pasado un momento la frontera, su esposa y su hija no habian aún puesto el pié en el suelo del Brasil, y por tanto, no les faltaba el deseo de conocer algun poco de aquel hermoso país, de que Benito les hablaba con frecuencia. Dos ó tres veces Yaquita habia presentado esta consideracion á su marido; pero habia visto que el pensamiento de dejar la quinta, aunque sólo fuese por algunas semanas, imprimia en

su frente un tinte de mayor tristeza. Sus ojos se anublaban entónces, y decia con un tono de dulce reproche:

—¿Por qué dejar nuestra casa? ¿No somos felices aquí?

Y Yaquita no se atrevia á insistir delante de aquel hombre, cuya bondad activa é inalterable ternura la hacian tan dichosa.

Esta vez, sin embargo, existia una razon poderosa que hacer valer. El casamiento de Minha presentaba una ocasion muy natural de conducir la joven á Belem, donde debía residir con su marido.

Allí ella veria y aprenderia á amar á la madre de Manuel Valdés. ¿Cómo Juan Garral podia vacilar ante tan legítimo deseo, y cómo, por otra parte, no comprenderia el deseo, que tambien tendria aquélla, de conocer á la que habia sido una segunda madre para su hijo?

Yaquita habia tomado la mano de su marido, y con aquella voz cariñosa que habia sido toda la música de la vida de aquel duro trabajador:

—Juan—le dice—vengo á hablarte de un proyecto cuya realizacion deseamos ardientemente, y que te hará tan dichoso como lo somos tus hijos y yo.

—¿De qué se trata, Yaquita?—pregunta.

—Manuel ama á nuestra hija y es amado de ella, y con su union encontrarán la felicidad.

A las primeras palabras de Yaquita, Juan Garral se habia levantado, sin poder dominar aquel brusco movimiento. Sus ojos se bajaron en seguida, y parecia querer evitar la mirada de su esposa.

—¿Qué tienes, Juan?—pregunta ella.

—¿Minha..... casarse?.....—murmura Juan.

—Amigo mio—repite Yaquita con el corazon oprimido—¿tienes, pues, alguna objecion que hacer á este matrimonio? ¿No habias notado ya, desde hace mucho tiempo, los sentimientos de Manuel por nuestra hija?

—¡Sí..... y desde hace un año.....

Despues, Juan se vuelve á sentar sin concluir de expresar su pensamiento. Por un esfuerzo de voluntad, volvió á ser dueño de sí. La inexplicable impresion que se advirtió en él quedó disipada. Poco á poco sus ojos volvieron á buscar los de su esposa, y se quedó pensativo contemplándola.

Yaquita volvió á tomarle la mano.

—Juan mio—le dice—¿me habré yo, pues, equivocado? ¿No tenías tú el pensamiento de que esta union se efectuaría algun día, y que aseguraria á nuestra hija todas las condiciones de la felicidad?

—¡Sí—responde Juan—todas!..... ¡Seguramente!..... Sin embargo, Yaquita, este matrimonio..... este matrimonio..... ¿Cuándo se efectuará, próximamente?

—Se hará en la época que tú elijas, Juan.

—¿Y se verificará aquí..... en Iquitos?

Esta pregunta debia llevar á Yaquita á tratar la segunda cuestion que preocupaba su alma. Sin

embargo, no lo hizo sin una vacilacion muy comprensible.

—Juan—dice, despues de un instante de silencio—¡escúchame bien! Yo tengo, con motivo de la celebracion de este matrimonio, una proposicion que hacerte y que me figuro aprobarás. Ya dos ó tres veces, hace veinte años, te he propuesto que nos llevarás, á mi hija y á mí, á esas provincias del Bajo Amazonas y de Para, que nunca hemos visitado. Los cuidados de la hacienda, y los trabajos que reclamaban tu presençia aquí, no te han permitido satisfacer nuestro deseo. Ausentarte, aunque no fuera más que por algunos dias, podia entónçes perjudicar á tus negocios. Mas ahora que el éxito de éstos ha superado á nuestras esperanzas, si la hora del descanso no ha llegado todavía para tí, puedes, al ménos, distraerte hoy algunas semanas de tus trabajos.

Juan Garral no contestó; pero Yaquita sintió que su mano temblaba entre la de ella, como bajo el choque de una impresion dolorosa: con todo, una semisonrisa se dibujaba en sus labios, como una invitacion muda á su esposa para que concluyese lo que tenía que decir.

—Juan—repite ella—ve aquí una ocasion que no se presentará más en nuestra vida. ¡Minha va á casarse léjos y á dejarnos! Este es el primer disgusto que ella va á darnos, y mi corazon se oprime cuando pienso en esta separacion tan próxima! En fin, yo me alegraría mucho de poderla acompañar hasta Belem! ¿No te parece, por otra parte, conveniente que conozcamos á la madre de su esposo, á la que va á reemplazarme, y á quien nosotros vamos á confiarla? Y yo añado que Minha no querrá dar á la señora Valdés el sentimiento de casarse léjos de ella. En la época de nuestra union, Juan mio, si tu madre hubiera vivido, ¿no te habrias alegrado de casarte á su vista?

A estas palabras de Yaquita, contestó Juan Garral con otro movimiento que no pudo reprimir.

—Amigo mio—continuó Yaquita—con Minha, con nuestros dos hijos Benito y Manuel, y contigo, ¡ah, cuánto me alegraría visitar nuestro Brasil, bajar por ese hermoso rio hasta las últimas provincias del litoral que atraviesa! Me parece que allá abajo la separacion sería ménos cruel. A nuestro regreso yo podria ver con el pensamiento á nuestra hija en la casa donde la espera su segunda madre. Ya no la buscaria en lo desconocido. Y no me creeria extraña á los actos de su vida.

Esta vez Juan habia fijado los ojos en su mujer, y la contemplaba sin decir una palabra.

¿Qué pasaba por él? ¿Por qué aquella vacilacion en satisfacer una peticion tan justa por sí misma? ¿Por qué no pronunciar un sí que debia causar tan vivo placer á todos los suyos? No podia ser una razon suficiente el cuidado de sus negocios. Algunas semanas de ausencia no les comprometerian de ninguna manera. Su administrador,

en efecto, sabria, sin perjuicio, reemplazarle en la granja. ¡Y sin embargo, vacilaba siempre!

Yaquita habia tomado otra vez entre sus manos la de su marido y la estrechaba dulcemente.

—Juan mio—continuó—no es á la realizacion de un vano capricho á lo que te suplico que accedas. ¡No! Hace largo tiempo he reflexionado la proposicion que acabo de hacerte, y el cumplirla es mi más ardiente deseo. Nuestros hijos saben el paso que doy cerca de tí en este momento; Minha, Benito y Manuel te piden esta felicidad: que los dos les acompañemos. Y te aseguro que nos alegraremos celebrar este matrimonio en Belem mejor que en Iquitos. Esto tambien será muy útil á nuestra hija para su establecimiento en la situacion que debe tomar en Belem, pues al verla llegar con los suyos, no parecerá tan extraña en aquella ciudad, donde debe pasar la mayor parte de su vida.

Juan habia puesto los codos sobre sus rodillas, ocultando el rostro entre sus manos, como un hombre que siente la necesidad de recogerse á meditar ántes de responder. Experimentaba evidentemente una vacilacion, contra la que pretendia resistirse, y al mismo tiempo una turbacion que su mujer advertia, pero que no podia explicarse. Un secreto combate tenía lugar bajo aquella frente pensativa. Yaquita, muy inquieta, casi se reprochaba haber tocado aquella cuestion. En todo caso, ella se conformaria con lo que Juan decidiese. Si aquella marcha le costaba mucho, ella sabria acallar sus deseos y no hablaria jamas de dejar la hacienda, ni jamas le pediria cuenta de aquella inexplicable negativa.

Pasaron algunos minutos. Juan se habia levantado, y se dirigió, sin volverse, hasta la puerta. Allí pareció dirigir una última mirada sobre aquella hermosa naturaleza, sobre aquel rincon del mundo, donde, por espacio de veinte años, se habia encerrado toda la dicha de su vida.

Despues volvióse hácia su mujer con lentos pasos. Su fisionomía habia adquirido una nueva expresion. La de un hombre que ha tomado una resolucion suprema y cuyas indecisiones han concluido.

—Tienes razon—dice con firme voz á Yaquita.—Este viaje es necesario. ¿Cuándo quieres que marchemos?

—¡Ah, Juan, Juan mio—grita Yaquita llena de gozo—gracias por mí, gracias por ellos!

Y lágrimas de ternura acudieron á sus ojos, mientras que su marido la estrechaba contra su corazon.

En aquel momento oyéronse dos alegres voces á la puerta de la casa.

Un instante despues aparecieron Manuel y Benito en el umbral de la puerta, casi al mismo tiempo que Minha, que venia de su cuarto.

—¡Vuestro padre consiente, hijos míos!—grita Yaquita.—Partirémos todos juntos.

Juan Garral, con el rostro grave y sin pronun-



En aquel momento sentados sobre un ribazo.

ciar una palabra, recibía las caricias de sus hijos y los besos de su hija.

— ¿Y en qué fecha, padre mio — pregunta Benito — queréis que se celebre el matrimonio?

— ¿La fecha? — responde Juan — ¿la fecha? ¡Ya veremos! ¡Nosotros la fijaremos en Belem!

— ¡Yo estoy muy contenta, yo estoy muy contenta! — exclamaba Minha, como el día que había conocido la pretension de Manuel. — Vamos á ver el Amazonas en todo su esplendor, y, sobre todo, su curso á traves de las provincias brasileñas. ¡Ah, padre, gracias!

Y la entusiasta jóven, cuya imaginacion tomaba ya extenso vuelo, dice, dirigiéndose á su hermano y á Manuel:

— ¡Vamos á la biblioteca á tomar todos los li-

bro y todos los mapas que puedan darnos á conocer esta magnífica cuenca! ¡No se trata de caminar á ciegas! ¡Yo quiero ver y saber todo lo que concierne á este rey de los rios de la tierra!

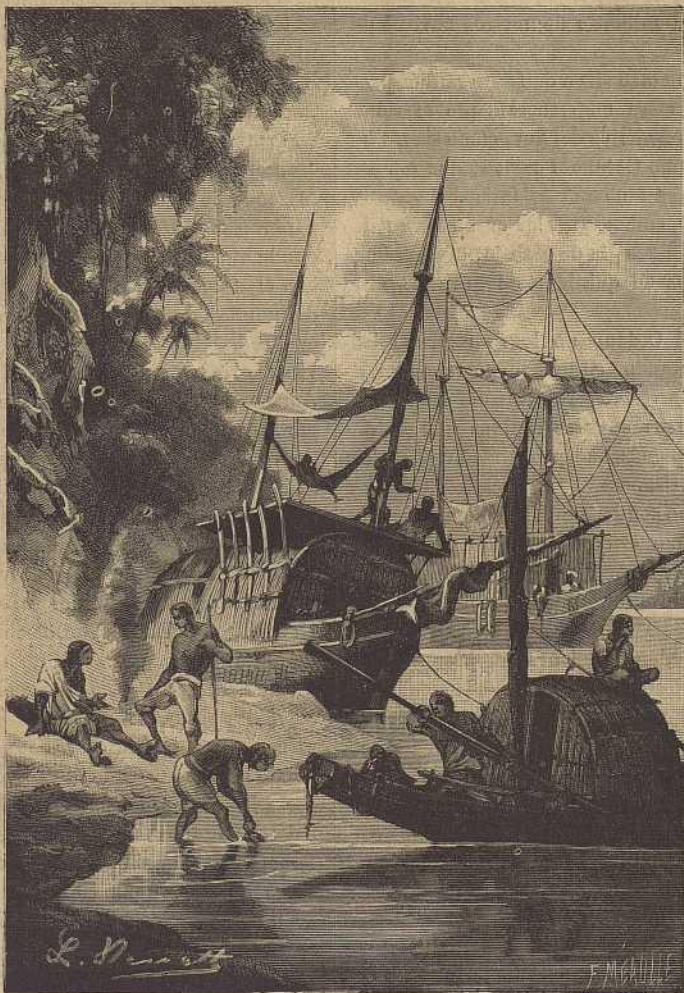
V.

EL AMAZONAS.

— ¡El rio más grande del mundo (1)! — decia al día siguiente Benito á Manuel Valdés.

Y en aquel momento, sentados sobre un ribazo,

(1) La afirmacion de Benito, verdadera en aquella época en que aún no se habían hecho nuevos descubrimientos, no puede tenerse por exacta en el día. El Nilo, el Missouri y el Mississippi, por los últimos planos levantados, demuestran tener un curso superior en extension al del Amazonas.



Embarcaciones en el Amazonas.

en el límite meridional de la hacienda, contemplaban pasar lentamente aquellas moléculas líquidas, que, saliendo de la enorme cadena de los Andes, van á perderse á ochenta leguas de allí en el océano Atlántico.

— ¡Y el río que aporta al mar el volúmen de agua más considerable! — respondió Manuel.

— ¡Tan considerable — añadió Benito — que le desala á una gran distancia de su embocadura, y á ochenta leguas de la costa hace todavía derribar los buques!

— ¡Un río cuyo ancho curso se extiende más de los treinta grados de latitud!

— ¡Y en una cuenca que desde el Sur al Norte no comprende ménos de veinticinco grados!

— ¡Una cuenca! — exclamó Benito; — ¿pero es

una cuenca esta vasta llanura á través de la cual corre el Amazonas, esta sabana que se extiende hasta perderse de vista, sin una colina para mantener su declive, sin una montaña que limite su horizonte?

— Y sobre toda su extension — replica Manuel — como los mil tentáculos de algun gigantesco pólipo vienen á él desde el Norte ó del Sur, nutridos á su vez por otros afluentes sin número, comparados con los cuales los grandes ríos de Europa no son más que simples arroyuelos.

— Y en un curso donde quinientas sesenta islas, sin contar los islotes, fijos ó en deriva, forman una especie de archipiélago, que por sí solo puede constituir la fortuna de un reino.

— Y en sus flancos se ven canales, lagunas y

lagos como no se hallarán en toda la Suiza, la Lombardía, la Escocia y el Canadá reunidos.

— Un río que, engrosado por seis mil tributarios, no deja en el Océano Atlántico menos de doscientos cincuenta millones de metros cúbicos de agua por hora.

— Un río cuyo curso sirve de frontera á dos repúblicas, y atraviesa majestuosamente el reino más grande de la América del Sur, como si en verdad fuese el mismo Océano Pacífico, que por su canal se vertiera entero en el Atlántico.

— ¡Y por qué embocadura! Por un brazo de mar en el cual una isla, la de Marajo, presenta un perímetro de más de quinientas leguas de circuito.

— Y el que el Océano no logra rechazar las aguas sino levantando, en una lucha fenomenal, una marea, una *peroroca*, respecto de las cuales los reflujos, las barras y las rápidas mareas de otros ríos no son más que pequeñas arrugas levantadas por la brisa.

— Un río que no son bastante tres nombres para denominarle, y por el cual los buques de gran porte pueden subir hasta cinco mil kilómetros de su embocadura sin ningún menoscabo de su cargamento.

— Un río que, bien por sí mismo, bien por sus afluentes y sub-afluentes, abre una vía comercial y fluvial á través de todo el norte de la América, pasando de la Magdalena al Ortecuaza; del Ortecuaza á Caqueta; de Caqueta á Putumayo, y de Putumayo al Amazonas. Cuatro mil millas de caminos fluviales, que sólo necesitarían algunos canales para que la red navegable fuese completa.

— En fin, el más grande, el más admirable sistema hidrográfico que hay en el mundo.

Así hablaban, con una especie de ímpetu, aquellos dos jóvenes, del incomparable río. Bien demostraban ser los hijos de aquel río, cuyos afluentes, dignos de él mismo, forman los caminos que *andan* á través de la Bolivia, el Perú, el Ecuador, Nueva-Granada, Venezuela y las cuatro Guyanas, inglesa, francesa, holandesa y brasileña.

¡Qué de pueblos, qué de razas, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos! Así es el mayor de los grandes ríos del mundo. Su nacimiento verdadero permanece oculto aún á todas las investigaciones. Numerosos Estados reclaman el honor de darle nacimiento. El Amazonas no podía evadirse de esta ley. El Perú, el Ecuador y la Colombia se han disputado largo tiempo esta gloriosa paternidad.

Hoy día, sin embargo, parece fuera de duda que el Amazonas nace en el Perú, en el distrito de Huaraco, intendencia de Tarma, y que sale del lago Lauricocha, situado, poco más ó menos, entre los once y doce grados de latitud Sur.

A los que quieren hacerle nacer en Bolivia y caer de las montañas de Titicaca, les cumple la obligación de probar que el verdadero Amazonas

es el Ucayali, que se forma de la unión del Paro y del Apurímac; pero esta opinión debe ser rechazada en adelante.

A su salida del lago Lauricocha, el naciente río se eleva hacia el Nordeste, por un curso de quinientas sesenta millas, y no se dirige libremente hacia el Este hasta después de haber recibido un importante tributario, el Panta. Llámase Marañon en los territorios colombiano y del Perú, hasta la frontera brasileña, ó más bien Maranhao, porque Marañon no es otra cosa que el nombre portugués afrancesado. De la frontera del Brasil á Manaó, donde el soberbio río Negro viene á confundirse con él, toma el nombre de Solimaes ó Solimoens, del nombre de la tribu indiana de Solimao, de la cual se hallan todavía algunos restos en las provincias ribereñas. En fin, de Manaó al mar, es el Amazonas ó río de las Amazonas, nombre dado por los españoles, aquellos descendientes del aventurero Orellana, cuyas relaciones dudosas, pero entusiastas, hicieron creer que existía una tribu de mujeres guerreras, establecidas junto al río Nhamunda, uno de los afluentes medios del gran río.

Desde el principio se puede ya comprender que el Amazonas lleva un magnífico curso de agua. Nada tiene de estorbos ni de obstáculos de ninguna clase, desde su nacimiento hasta el sitio en que la corriente, un poco estrecha, se desenvuelve entre dos pintorescas colinas. Las caídas no empiezan á batir la corriente sino en el punto donde se oblicúa hacia el Este, mientras que atraviesa la colina, intermediaria de los Andes. Allí existen algunos saltos, sin los cuales sería ciertamente navegable desde su embocadura hasta su nacimiento. Como quiera que sea, y así lo ha hecho observar Humboldt, está libre en las cinco sextas partes de su curso.

Y desde su principio, los tributarios, alimentados por un gran número de sub-afluentes, no le faltan. Uno de ellos es el Chichipé, que viene del Nordeste por la izquierda. A la derecha está el Chachapuyas, que viene del Sudeste. A la izquierda, el Marona y el Pastuca, y á la derecha, el Guallaga, que se pierde pronto cerca de la Mision de la Laguna. Por la izquierda todavía llegan el Chambyra y el Tigré, que vienen del Nordeste, y á la derecha el Huallaga, que desemboca á dos mil ochocientas millas en el Atlántico, y del cual las barcas pueden aún subir el curso del río en una longitud de más de doscientas millas, para internarse en el centro del Perú. A la derecha, en fin, cerca de las Misiones de San Joaquín de Omaguas, y después de haber paseado majestuosamente sus aguas por medio de las Pampas del Sacramento, aparece el magnífico Ucayali, en el sitio donde termina la concha superior del Amazonas, grande arteria engrosada por numerosas corrientes de agua que derrama el lago Chucuito en el nordeste de Arica.

Tales son los principales afluentes por bajo la

aldeita de Iquitos. Más hacia abajo, los tributarios vienen tan considerables, que el lecho de los ríos de Europa sería ciertamente muy estrecho para contenerlos. Pero de todos los afluentes, Juan Garral y los suyos habían reconocido las embocaduras durante su bajada al Amazonas.

A las bellezas de este río sin rival, que riega el más hermoso país del globo, estando casi constantemente á algunos grados por debajo de la línea ecuatorial, conviene añadir aún una cualidad que no poseen ni el Nilo, ni el Mississipi, ni el Livinstone, este antiguo Congo-Zaire-Loualaba.

Esto es; que no obstante lo que hayan podido decir viajeros mal informados, el Amazonas corre por medio de la parte más salubre de la América meridional. Su concha está incesantemente purificada por los vientos generales del Oeste. Aquello no es valle encajonado entre altas montañas que contienen su curso, sino una ancha llanura, que mide trescientas cincuenta leguas del Norte á Sur, apenas interrumpida por algunas colinas, y que las corrientes atmosféricas pueden libremente recorrer.

El profesor Agassiz se pronuncia, con razón, contra aquella pretendida insalubridad del clima de un país destinado, sin duda, á llegar á ser el centro más activo de producción comercial. Según él, «un aire ligero y suave se deja sentir constantemente y produce una evaporación, merced á la cual la temperatura baja y la tierra no se calienta indefinidamente.» La constancia de este aire refrescante hace el clima del río de las Amazonas agradable y delicioso al mismo tiempo.

También el abate Durand, antiguo misionero, ha hecho constar que si la temperatura no desciende menos de veinticinco grados centígrados, tampoco se eleva casi nunca arriba de treinta y tres, lo cual da por todo el año un término medio de veintiocho á veintinueve, con un desvío de ocho grados solamente.

Después de estas justificaciones, es permitido, pues, afirmar que en la concha del Amazonas no hay nada de esos calores tórridos de las comarcas del Asia y del África, que atraviesan los mismos paralelos.

La vasta llanura que le sirve de cauce es completamente accesible á las extensas brisas que le envía el Océano Atlántico.

También las provincias á las que el río ha dado su nombre tienen el incontestable derecho de llamarse las más salubres de un país que es ya uno de los más hermosos de la tierra.

Y no se crea que el sistema hidrográfico del Amazonas no es conocido.

En el siglo XVI, Orellana, teniente de uno de los hermanos Pizarro, bajó por el río Negro, pasó por el gran río en 1540, se aventuró á entrar sin guía por medio de aquellas regiones, y después de una navegación de diez y ocho meses, de la cual hizo

una maravillosa relación, llegó hasta su embocadura.

En 1636 y 1637, el portugués Pedro Texeira subió por el Amazonas hasta Napo con una flota de cuarenta y siete piraguas.

En 1743, La Condamine, después de haber medido el arco del meridiano en el Ecuador, se separó de sus compañeros Buser y Godin de Odonais, se embarcó en el Chichipé, bajó por él hasta su confluencia con el Marañón; llegó á la embocadura de Napo el 31 de Julio, á tiempo de observar una emersión del primer satélite de Júpiter, lo que permitió á este Humboldt del siglo XVIII fijar exactamente la longitud y latitud de aquel punto; visitó las aldeas de las dos orillas, y el 6 de Setiembre llegó delante del fuerte de Para. Aquel inmenso viaje debía producir considerables resultados: no solamente quedaba establecido de una manera científica el curso del Amazonas, sino que parecía casi seguro que se comunicaba con el Orinoco.

Cincuenta y cinco años después, Humboldt y Bonpland completaron los preciosos trabajos de La Condamine, levantando el mapa del Marañón hasta el río Napo.

Desde aquella época no ha cesado de visitarse el Amazonas, tanto en sí mismo como en sus principales afluentes.

En 1827, Lister-Man; en 1834 y 35, el inglés Smyth; en 1844, el teniente francés, comandante de la *Boulonnaise*; el brasileño Valdés, en 1840; el francés Pablo Marcoy, en 1848 á 1860; el fantástico pintor Biard, en 1858; el profesor Agassiz, de 1865 á 1866; en 1867, el ingeniero brasileño Franz-Keller-Linzenger; en fin, en 1879, el doctor Crevaux, han explorado el curso del río, subido por varias de sus afluentes y reconocido lo navegable de sus principales tributarios.

Pero el hecho más considerable, y que honra en extremo al Gobierno brasileño, es el siguiente:

El 31 de Julio de 1857, después de numerosas contestaciones sobre la cuestión de fronteras entre la Francia y el Brasil, por los límites de la Guyana, el curso del Amazonas, declarado libre, quedó abierto á todos los pabellones; y á fin de que la práctica correspondiese á la teoría, el Brasil trató con los países limítrofes para la explotación de todas las vías fluviales en la concha del Amazonas.

Hoy día las líneas de buques de vapor, cómodamente instaladas, que corresponden directamente con Liverpool, hacen el servicio del río desde su embocadura hasta Manao; otras suben hasta Iquitos, y otras, en fin, por el Tapajoz, el Madera, el río Negro y el Purus penetran hasta el centro del Perú y de la Bolivia.

Con facilidad puede imaginarse el vuelo que tomará un día el comercio en toda esta inmensa y rica cuenca, que no tiene rival en el mundo.

Pero esta medalla del porvenir tiene su reverso.



Aquella banda de trabajadores trepa hasta los ramares superiores.

Los progresos no se realizan sin redundar en perjuicio de las razas indígenas.

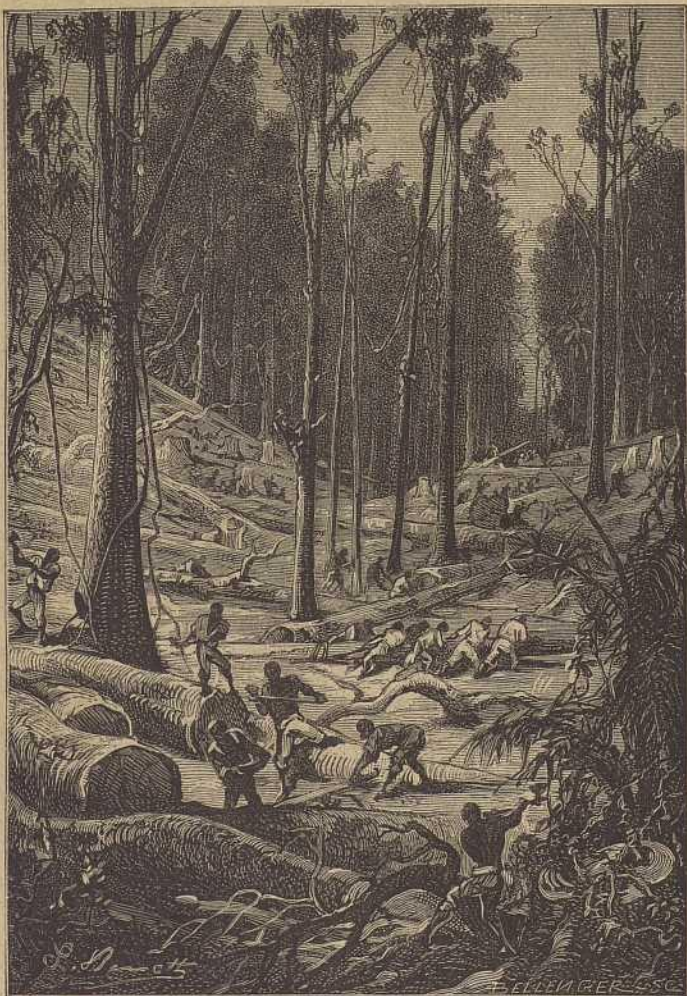
Si, en el Alto Amazonas ya han desaparecido muchas razas de indios, entre otras, los Curicicuros y los Sorimaos. Si en el Putumayo se encuentran todavía algunos Yuris, los Yahuas le han abandonado para refugiarse hacia las más lejanas afluencias, y los Mavos han dejado sus riberas, para vagar continuamente en corto número por los bosques de Japura.

Si, la ribera de los Tunantinos está poco ménos que despoblada, y ya no hay más que algunas familias nómadas de indios en la embocadura del Jurna. El Teffé está casi desamparado, y no quedan más que algunos restos de la gran nación Umaña junto á las fuentes del Japura. El

Coari está desierto. Algunos pocos indios Muras en las orillas del Purus. De los antiguos Manaos sólo se cuentan algunas familias errantes. En las márgenes del río Negro se hallan unos pocos mestizos de portugueses y de indígenas, allí donde llegaron á contarse veinte y cuatro naciones diferentes.

Esta es la ley del progreso. Los indios han desaparecido. Delante de la raza anglo-sajona, los australianos y tasmanienses se han ausentado para no volverse á ver. Delante de los conquistadores de Far-West se ocultan los indios del norte de América. Un día, tal vez, los árabes serán anodados ante la colonización francesa.

Pero debemos volver á aquella fecha de 1852. Entonces los medios de comunicacion, múltiples



El sol penetra á raudales hasta aquel suelo húmedo.

en el día, no existían, y el viaje de Juan Garral exigía por lo ménos cuatro meses, sobre todo por las condiciones con que debía verificarse.

De aquí esta reflexion de Benito, mientras los dos amigos miraban las aguas del río correr lentamente á sus piés.

—Amigo Manuel, puesto que nuestra llegada á Belem no precederá más que un poco al momento de nuestra separacion, éste te parecerá bien corto.

—Sí, Benito—respondió Manuel:—pero también bastante largo, puesto que Minha no debe ser mi esposa hasta el fin del viaje.

VI.

UN BOSQUE POR TIERRA.

La familia de Juan Garral estaba llena de alegría. Aquel magnífico trayecto por el Amazonas debía verificarse en agradables condiciones. No solamente el hacendado y los suyos partían para un viaje de algunos meses, sino que, conforme se vería, debían ir acompañados de una parte del personal de la granja.

Sin duda, viendo á todo el mundo dichoso en torno suyo, Juan Garral olvidó las preocupaciones que parecían turbar su vida. A partir desde aquel día, su resolucion estaba firmemente tomada y fué otro hombre, y cuando empezó á ocuparse

de los preparativos del viaje, volvió á desplegar la actividad de otras veces. Aquello fué una viva satisfaccion para los suyos, viéndole volver al trabajo. El sér moral resistia contra el sér físico, y Garral volvía á ser lo que era en sus primeros años, vigoroso, fuerte. Encontrábase el hombre que ha vivido siempre al aire libre, en aquella atmósfera vivificante de los bosques, los campos y las aguas corrientes.

Las pocas semanas que debían preceder á la marcha debían estar ocupadas en demasía.

Como más arriba se ha dicho, el curso del Amazonas no estaba aún en aquella época surcado por aquellos numerosos barcos de vapor que las compañías pensaban ya lanzar sobre el río y sobre sus principales afluentes. El servicio fluvial no se hacía más que por los particulares y por cuenta suya, y frecuentemente las embarcaciones no se empleaban más que en el servicio de los establecimientos litorales.

Aquellas embarcaciones eran *uhas*, especie de piraguas hechas de un tronco ahuecado por el fuego y por el hacha; puntiagudas y ligeras por delante; pesadas y redondas por detras, pudiendo llevar de uno á doce remeros cada una, y tomar hasta tres ó cuatro toneladas de mercancías. De *egariteas* groseramente construidas, labradas con amplitud, cubiertas en parte en el medio de un techo de follaje, que deja libre en torno un espacio ó callejon, donde se colocan los paguyeros (1), y de *jangadas*, especie de balsas informes, impulsadas por una vela triangular, y que sostienen la cabina de pajas que sirve de casa flotante al indio y á su familia.

Estas tres clases de embarcacion constituían la pequeña flotilla del Amazonas, no pudiendo servir más que para un mediano trasporte de personas y objetos de comercio.

Verdad es que existen otras más grandes, como *vigilingas*, de cabida de ocho á diez toneladas, con tres mástiles aparejados con velas rojas, y que pueden en tiempo de calma maniobrar, aunque pesadamente, por medio de cuatro largas *pagaías*, contra la corriente; *cobertas* que miden veinte toneladas de aforo, especie de *juncos* con una garita detras; un camarote interior, dos mástiles con velas cuadradas y desiguales, y que, cuando el viento es insuficiente ó contrario, le suplen con el empleo de diez largos palos de *viror*, que los indios manejan desde lo alto de una especie de castillo colocado en la parte de adelante.

Pero estos diversos vehículos no podían convenir á Juan Garral. Desde el instante que había resuelto bajar por el Amazonas, determinó utilizar aquel viaje para el trasporte de un enorme convoy de mercancías que debía entregar en Para. Bajo este punto de vista, importaba poco que la bajada por el río se hiciese con una corta dilacion.

Véase, pues, por cuál partido se decidió, partido que debía reunir todos los votos, salvo, quizá, el de Manuel. El jóven, por su interés, hubiera preferido sin duda alguna cualquier rápido *steam-boat*.

Pero, aunque fuese muy primitivo y rudimentario el medio de trasporte imaginado por Juan Garral, era susceptible de llevar un personal abundante y de abandonarse á la corriente del río con las excepcionales condiciones de comodidad y seguridad.

Aquello iba á ser, en verdad, como una parte de la hacienda de Iquitos que se desprendiese de la ribera y bajase por el Amazonas, con todo lo que constituye una familia de hacendados, señores y criados en sus habitaciones, sus cuartos y sus casas.

El establecimiento de Iquitos comprendía en el conjunto de su explotacion varios de esos magníficos bosques, que son, por decirlo así, inagotables en esta parte central de la América del Sur.

Juan Garral conocía perfectamente el cuidado de estos bosques ricos en especies, las más preciosas y variadas, muy propias para las obras de carpintería, ebanistería, arboladura de buques y obra gruesa de carpintero, y sacaba anualmente considerables beneficios.

En efecto, ¿no estaba allí el río para conducir los productos de los bosques del Amazonas, más segura y más económicamente que pudiera hacerlo un ferro-carril? Todos los años cortaba algunos centenares de árboles de su reserva, formando una de esas inmensas balsas de madera flotante, compuesta de tablones, viguetas, troncos apénas desbastados, que se llevaban á Para, conducidos por hábiles pilotos, que conocían muy bien el fondo del río y la dirección de las corrientes.

Este año, Juan Garral debía obrar como había hecho en los anteriores. Solamente que, respecto á la balsa, pensaba dejar al cuidado de Benito todos los detalles de aquel importante negocio comercial. Pero no había tiempo que perder. El principio del mes de Junio era la época favorable para la marcha, puesto que las aguas, levantadas por las crecientes de la alta concha, empezaban á bajar poco á poco hasta el mes de Octubre.

Los primeros trabajos debían, pues, emprenderse sin tardanza, porque la balsa de madera debía tener proporciones inusitadas. Tratábase esta vez de derribar una media milla cuadrada de bosque, situada en la confluencia del Nanay y del Amazonas; es decir, todo un ángulo del litoral de la hacienda, para formar una inmensa balsa, que sería una de esas jangadas ó almadías de río, y que tendría las dimensiones de un islote.

En esta jangada, pues, más segura que ninguna otra embarcacion del país, más grande que cien *egariteas* ó *vigilandas* apareadas, era donde Juan Garral se proponía embarcar con su familia, su personal y su cargamento.

(1) Remeros.

—; Excelente idea!—había exclamado Minha batiendo las palmas, cuando se enteró del proyecto de su padre.

—Sí—respondió Yaquita—y con semejantes condiciones, nosotros llegamos á Belem sin peligro ni fatiga.

—Y durante las paradas, podrémos cazar en los bosques de la ribera—añadió Benito.

—Esto, quizá, será un poco largo—hizo observar Manuel.—¿No convendría elegir otro medio de locomoción más rápido para bajar el Amazonas?

Evidentemente, aquello sería largo; pero la reclamación interesada del joven médico no fué admitida por nadie.

Juan Garral mandó entonces venir á un indio, que era el mayordomo mayor de la hacienda.

—Dentro de un mes—le dijo—es necesario que la jangada se halle pronta y en estado de botarse al río.

—Hoy mismo, Sr. Garral, pondrémos manos á la obra—contestó el mayordomo.

Aquello fué una ruda tarea. Había allí un ciento de indios y de negros, que durante la primera quincena del mes de Mayo hicieron verdaderas maravillas. Quizá algunas buenas gentes, poco acostumbradas á estas grandes cortas de árboles, se hubieran lamentado de ver gigantes que contaban muchos siglos de existencia, caer en dos ó tres horas bajo el hierro de los leñadores. Pero había tanto y tanto en las orillas del río, á la parte de arriba, en las islas hacía la parte de abajo, hasta los límites más lejanos del horizonte de las dos orillas, que el derribo de aquella media milla de bosque no debía dejar un vacío notable.

El mayordomo y su gente, después de recibir las instrucciones de Juan Garral, habían desde luego limpiado el suelo de lianas, malezas, hierbas y plantas arborescentes, que le obstruían. Antes de tomar la sierra y el hacha, se habían armado del sable de talar, ese útil tan indispensable para cualquiera que pretenda internarse en los bosques amazónicos; estos sables son de grandes hojas un poco corvas, anchas y planas, de dos á tres piés de largo, y sólidamente emangadas, que los indígenas manejan con notable destreza. En pocas horas, con la ayuda del sable, desmontan el suelo, y abren anchas calles en lo más profundo del arbolado.

Así se hizo. El suelo quedó limpio por los leñadores de la granja. Se despojaron los viejos troncos de su vestidura de lianas, de cactus, de helechos, de musgos y de bromelia, y quedáronse desnudos de su corteza, como si hubieran sido desollados vivos á su vez.

Después, toda aquella banda de trabajadores, delante de los cuales huían innumerables legiones de monos, que no les superaban en agilidad, trepa hasta los ramajes superiores, sierra las fuertes horquillas, desgajando el alto ramaje, que debía ser

consumido sobre el terreno. Pronto no quedó más del bosque condenado á ser destruido que las raíces, desmochadas en su cima; con el aire el sol penetró á raudales hasta aquel suelo húmedo, que quizá nunca había sido acariciado por él.

No había uno solo de aquellos árboles que no pudiera emplearse en alguna obra de fuerza ó de carpintería ordinaria. Allí yacían, como columnas de marfil veteadas de oscuro, algunas de aquellas palmeras de cera, altas de ciento veinte piés y anchas de cuatro por su base, que producen una madera inalterable; allí castaños de resistente altura, que dan nueces de tres puntas; allí *muriches*, buscados para la construcción de embarcaciones; barrigudos que miden dos toesas en su mayor grueso, que se acentúa á algunos piés sobre el suelo, árboles de corteza rojiza y luciente y tachonada de tubérculos grises, cuyo eje agudo sostiene un parasol horizontal; allí bombax de tronco blanco, liso, derecho y de soberbia altura; y cerca de estas magníficas muestras de la flora amazónica, caían también *cuatibos*, cuya cúpula rosa domina á todos los árboles vecinos, y que dan frutos parecidos á pequeños tazones, donde están dispuestas hileras de castañas, y cuya madera, de un violeta claro, es muy especialmente buscada para las construcciones navales. Había todavía palo de hierro, y más particularmente el *ibiriratea*, de una madera casi negra, y tan apretada de grano, que con ella fabrican los indios sus hachas de combate: *jacarandas*, más preciosas que la caoba; *casalpinas*, de las que no se halla la especie más que en el centro de aquellos viejos bosques, que se han librado del brazo de los leñadores; *sapucaias*, altas de ciento cincuenta piés, sostenidas por arcos naturales, que brotando á unos tres metros de su base, se reúnen á una altura de treinta piés, se arrollan al rededor del tronco, como los hilos de una columna torneada, y cuya cabeza se abre en un ramillete de caprichosos vegetales, que las plantas parásitas colorean de amarillo, de púrpura y de blanco de nieve.

Tres semanas después del principio de los trabajos no quedaba uno solo en pié de todos aquellos árboles que poblaban el ángulo del Nanay y del Amazonas. La tala había sido completa. Juan Garral no se había preocupado por la corta de un bosque que veinte ó treinta años habrían bastado á rehacer. Ni un vástago de corteza nueva ó vieja fué economizado para establecer los jalones ó señales de una corta futura; ni una de aquellas pilas de troncos que marcan los límites del descuaje. Aquello era una corta blanca; todos los troncos habían sido podados al ras del suelo, esperando el día en que serían extraídas sus raíces, sobre las cuales la primavera próxima extendería aún sus verdes hierbecillas.

No, aquella milla cuadrada, bañada en su orilla por las aguas del río y por su afluente, estaba destinada á ser desmontada, labrada y plantada de

semillas, y al año siguiente, campos de yuca, de árboles de café, de ñames, cañas de azúcar, arrow-root y maíz cubrirían el suelo que hasta entonces sombreaba la rica plantación forestal.

Aun no había llegado la última semana del mes de Mayo, y todos los troncos, separados según su clase y grado de flotabilidad, habían sido colocados simétricamente en la orilla del Amazonas. Allí debía ser construida la inmensa jangada, que, con las diversas habitaciones necesarias al alojamiento de los empleados en la maniobra, vendría á constituir una verdadera aldea flotante. Después, á la hora marcada, las aguas del río, hinchadas por la creciente, vendrían á levantarla y conducirla por cientos de leguas hasta el litoral del Atlántico.

Durante todo el tiempo ocupado en los trabajos, Juan Garral estuvo completamente dedicado á ellos. Hábalos dirigido por sí mismo desde luego en el sitio del desmonte, y en seguida á la orilla de la hacienda, que formaba una ancha playa, en la cual fueron colocadas las piezas de la almadía.

Yaquita se ocupaba de todos los preparativos de la marcha, con la vieja negra Cibéles, que no comprendía por qué querían sacarla de allí, donde se encontraba tan bien.

—Pero tú verás cosas que no has visto jamás—la decía sin cesar Yaquita.

—¿Valdrán más que las que estamos acostumbradas á ver?—respondía invariablemente Cibéles.

Minha, por su parte, y su favorita, pensaban en lo que más particularmente les concernía. No se trataba, respecto de ellas, de un simple viaje; era una partida definitiva, y ocupábanse de los mil detalles de una instalación en otro país, y en donde la jóven mulata debía seguir al lado de aquella á quien estaba tan tiernamente adherida. Minha tenía el corazón un poco oprimido; pero la alegre Lina no tomaba de manera alguna sentimiento de abandonar á Iquitos. Con Minha Valdés continuaria siendo lo que era con Minha Garral. Para detener su risa hubiera sido preciso separarla de su ama, de cuya cuestión nunca se había tratado.

Benito había secundado á su padre en los trabajos que acababan de terminarse, haciendo de este modo el aprendizaje del oficio de hacendado, que quizá sería el suyo algún día, como iba á hacer el de negociante en bajando por el río.

En cuanto á Manuel, dividía su tiempo, tanto como le era posible, entre el cuarto donde Yaquita y su hija no desperdiciaban una hora y el teatro de los desmontes, en el cual Benito quería detenerle más de lo que á él le convenía. Pero, en suma, la permanencia en una y otra parte era muy desigual, y esto se comprende.

VII.

SIGUIENDO UNA LIANA.

No obstante, un domingo, el 26 de Mayo, los jóvenes resolvieron tomar alguna distracción. El tiempo era hermoso, y la atmósfera estaba impregnada de las frescas brisas que venían de la cordillera y que suavizaban la temperatura. Todo convidaba á hacer una excursión por el campo.

Benito y Manuel invitaron á la jóven para que les acompañara por medio de los grandes bosques que bordeaban la ribera derecha del Amazonas, ó sea la opuesta á la hacienda.

Aquella era una ocasión de tomar conocimiento de las cercanías de Iquitos, que son bellísimas. Los dos mancebos irían de cazadores; pero no de esos cazadores que dejan á sus compañeros por seguir la caza (Manuel sobre todo pensaba así), y las jóvenes, porque Lina no podía separarse de su señora, irían de simples paseantes, á las que una excursión de dos ó tres leguas no podía espantar.

Ni Juan Garral, ni Yaquita, tenían tiempo de acompañarles. Por una parte, el plan de la jangada no estaba terminado todavía, y no debía su construcción sufrir el más mínimo retraso. Y por otra, Yaquita y Cibéles, aunque secundadas por todo el personal de la hacienda, tampoco tenían un momento que perder.

Minha aceptó el ofrecimiento con gran placer. Así aquel día, cerca de las once, y después del desayuno, los cuatro jóvenes fueron al ribazo del ángulo de la confluencia de los dos ríos. Uno de los negros les acompañaba, y todos se embarcaron en una de las *ubas* destinadas al servicio de la quinta, y después de pasar entre las islas Iquitos y Parianta, llegaron á la ribera derecha del Amazonas.

La embarcación se acercó á un emparrado de magníficos helechos arborescentes, que estaban coronados á una altura de treinta pies, por una especie de aureola, formada de ligeras ramas de verde aterciopelado, de hojas festoneadas de un fino encaje vegetal.

—Y ahora, Manuel—dice la jóven—á mí me corresponde hacerlos los honores del bosque, á vos, que no sois más que un extranjero en estas regiones del Alto Amazonas. Nosotros estamos en nuestros dominios, y espero me dejaréis cumplir mis deberes de ama de casa.

—Querida Minha—la contesta el jóven—vos no seréis ménos ama de casa en nuestra ciudad de Belem que en la hacienda de Iquitos, y allí abajo, como aquí....

—¡Ea, eh, Manuel y tú, hermana mía!—exclama Benito—yo creo que no habréis venido aquí para cambiar tiernas expresiones. Olvidad por algunas horas que sois prometidos.

—Ni por una hora, ni por un momento—replica Manuel.



La embareacion se acercó á un emparrado de magníficos helechos arborescentes.

—No obstante, si Minha te lo ordena....

—Minha no me lo ordenará.

—¡Quién sabe!—dice Lina riendo.

—Lina tiene razon—responde Minha tendiendo la mano á Manuel.—¡Procuremos olvidar, olvidemos; mi hermano lo exige; todo está roto, todo! Mientras que dure este paseo, nosotros no somos prometidos. ¡Yo no soy más la hermana de Benito; Vd. no es su amigo!

—¡Bravo, bravo! Aquí no hay más que extraños—grita la jóven mulata palmoteando.

—Extraños que se ven por la primera vez—añade la jóven—que se encuentran, se saludan.

—¡Señorita!—dice Manuel inclinándose....

—¡A quién tengo el honor de hablar, caballero?—pregunta la jóven con la mayor seriedad.

PRIMERA PARTE.

—A Manuel Valdés, que se conceptuará feliz si vuestro señor hermano tiene á bien presentarle.

—¡Ah, al diablo estos malditos cumplimientos!—grita Benito.—Allá la mala idea que yo he tenido. ¡Sed los prometidos, amigos míos; sedlo todo el tiempo que os plazca; sedlo siempre!

—¡Siempre!—dice Minha, á quien esta palabra se escapó tan naturalmente, que hizo redoblar la carcajada de Lina.

Una mirada de reconocimiento de Manuel recompensó á la jóven de la imprudencia cometida por su lengua.

—Si andamos, hablaremos ménos. ¡En marcha!

—dice Benito para sacar á su hermana del apuro. Pero Minha no se encontraba apurada.

—Un instante, hermano—dice ella.—Tú lo has

querido, y yo obedecí. Tú querías obligarnos á que nos olvidásemos Manuel y yo, por no malograr tu paseo. Pues bien, yo, á mi vez, te pido un sacrificio para no echar á perder el mío. Tú vas, si te place, y lo mismo que no te plazca; tú, Benito, en persona, vas á prometerme olvidar....

—¿Olvidar qué?

—Que sois cazador, caballero hermano.

—¿Qué tú me prohibes....

—Yo te prohibo tirar á estos hermosos pájaros, á estos papagayos, á estas cotorras, á estos caciques, que vuelan tan alegremente por medio del bosque. La misma prohibición impongo para la caza menor, que no debemos hacer hoy. Si alguna onza, jaguar ó cosa semejante se aproximase muy cerca, entónces.

—Pero....

—Si no, yo tomo el brazo de Manuel y nos escaparemos, nos perderemos y te verás obligado á correr tras de nosotros.

—Oye, tú tienes gana de que yo rehuse—dice Benito mirando á su amigo Manuel.

—¡Ya lo creo!—responde el joven.

—Pues bien—responde Benito—yo no rehusó, yo obedeceré para que tú rabies. ¡En marcha!

Y véase á todos cuatro, seguidos del negro, internarse bajo aquellos hermosos árboles, cuyo espeso follaje impedía á los rayos del sol penetrar hasta la tierra.

Nada más magnífico que aquella parte de la ribera derecha del Amazonas. Allí, en pintoresca confusión, se elevaban tantos árboles diversos, que en el espacio de un cuarto de legua cuadrado se pueden contar hasta cien variedades de aquellos maravillosos vegetales. Además, un presidente de bosque (1) hubiese con facilidad reconocido que jamás el leñador había empleado allí el destrial ni el hacha. Aun después de varios siglos de desmonte, los cortes hubieran sido visibles. Los nuevos árboles, aun cuando tuvieran ya cien años de existencia, hubieran diferido completamente de su primitivo aspecto, á causa de las lianas y otras plantas parásitas, cuya especie hubiera variado. Esto es allí un síntoma curioso, y á vista del cual un indígena no hubiera podido equivocarse.

El pequeño grupo se deslizaba, pues, entre las altas hierbas por entre las malezas y los tallares, charlando y riendo. Delante iba el negro, que, con su sable de talar, trabajaba abriendo camino cuando las matas silvestres eran muy espesas, y ponía en fuga á millares de pájaros.

Minha tenía razón al interceder por todo aquel pequeño mundo alado, que revoloteaba en el alto follaje. Allí estaban los más hermosos representantes de la ornitología tropical. Los papagayos verdes y las cotorras vocingleras parecían ser los frutos naturales de aquellas gigantescas espe-

cies. Los colibrís en todas sus variedades, barbazules, rubis topacios y *tisauras* de largas colas en forma de tijeras, parecían otras tantas flores arrancadas y que el viento llevaba de una rama á otra. Mirlos de plumaje color de naranja, bordado de listas oscuras; becafigos dorados, *sabios*, negros como los cuervos, se reunían con un atronador concierto de silbidos. El largo pico de la picaza del Brasil cortaba los racimos de oro de los *quirigúis*, y el picaárbol ó pivert brasileño sacudía su pequeña cabeza, moteada de puntos de color de púrpura. Aquello era el encanto de la vista.

Pero toda aquella gente se callaba y se escondía cuando en la cima de los árboles se oía el chirrido semejante al de una veleta mohosa, del *alma de gato*, especie de gavilán de color leonado claro. Si se cernía en los aires, desplegando fieramente las largas plumas de su cola, huía cobardemente á su vez cuando aparecía en las zonas superiores el *gaviao*, gran águila de cabeza blanca como la nieve, el terror de los habitantes alados del bosque.

Minha hacía notar á Manuel aquellas maravillas naturales, que él no había podido encontrar en su sencillez primitiva en el centro de las provincias civilizadas del Este. Manuel escuchaba á la joven más con los ojos que con el oído. Por otra parte, los gritos y los cantos de aquellos millares de pájaros eran tan penetrantes alguna vez, que no le dejaban oír. Sólo la risa aguda de Lina tenía sobrada intensidad para dominar con su alegre nota los cocleos, silbidos y arrullos de toda especie.

Al cabo de una hora, no se había andado más de una pequeña milla. En separándose de la ribera, los árboles tomaban otro aspecto. La vida animal no se manifestaba en la superficie de la tierra más que á la altura de sesenta ú ochenta piés, por el paso de bandadas de monos, que se persiguían por medio de las altas ramas. Aquí y allá, algunos conos de rayos solares penetraban hasta el bajo bosque. En verdad, la luz en estos bosques tropicales no parece ser un agente indispensable para la vida. El aire basta para el desarrollo de aquellos vegetales, grandes ó pequeños, árboles ó plantas, y todo el calor necesario para la dilatación de su savia la sacan ellos, no del ambiente de la atmósfera, sino del mismo seno del suelo, donde se almacena como en un enorme calorífero.

Y en la superficie de las bromelias, de las lenguas de víbora, de la hierba abejera, de los cactus y de todos aquellos parásitos, en fin, que forman un pequeño bosque sobre el grande, ¡qué de maravillosos insectos! Está uno tentado de cogerlos como si fuesen verdaderas flores. Nestores con las alas azules, que parecen hechas de un moaré tornasolado; mariposas *leilus*, de reflejos de oro; cebras de franjas verdes; falenas agripinas, de diez pulgadas de largo, con hojas por alas; abejas *maribundas*,

(1) Presidente de bosque, antiguo empleo que hubo en Flandes y Francia, que entendía en la conservación y aumento de los bosques y distribución de las aguas. (Nota del T.)

especie de esmeraldas vivas, engarzadas en una armadura de oro; despues, legiones de coleópteros lampíres ó pirifores; valagumes de coselete bronceado; élitres verdes, que despiden una luz amarillenta por los ojos, y que, llegando la noche, debian iluminar el bosque con sus destellos multicolores.

—¡Qué de maravillas!— repetia la entusiasta jóven.

—Estás en tu casa, Minha, ó al ménos tú lo has dicho, y véase cómo hablas de tus riquezas— dice Benito.

—Búrlate, hermanito— responde Minha.—A mí me está permitido alabar las cosas cuando son bellas. ¿No es esto, Manuel? Proceden de la mano de Dios y pertenecen á todo el mundo.

—Dejad reir á Benito—dice Manuel.—Él disimula; pero es poeta á ratos, y admira tanto como nosotros todas estas bellezas naturales. Solamente que, cuando tiene un fusil bajo el brazo, adios la poesia.

—¿Sé poeta, hermano?—añadió la jóven.

—¡Voy á serlo!— replica Benito —¡Oh Naturaleza encantadora, etc., etc.!

Hay que convenir, no obstante, que Minha, al prohibir á su hermano el uso de su fusil, le habia impuesto una verdadera privacion. La caza no faltaba en el bosque, y tenia motivos para sentir formalmente desperdiciarse algunos buenos tiros.

En efecto, en las partes ménos frondosas y donde se abrian anchos claros, aparecian algunas parejas de avestruces, de la especie de los *naudus*, altas de cuatro á cinco piés, que iban acompañadas de sus inseparables *seriemas*, especie de pavos infinitamente mejores, bajo el punto de vista comestible, que los grandes volátiles á quienes escoltan.

—¡Véase lo que me cuesta mi maldita promesa!— exclama Benito, poniendo bajo el brazo, á un gesto de su hermana, el fusil, que maquinalmente iba á colocar en el hombro.

—Hay que respetar esos *seriemas*—decia Manuel—porque son grandes destructores de serpientes.

—Como hay que respetar las serpientes— replica Benito—porque éstas devoran los insectos dañinos, y á éstos tambien, porque viven de pulgones, más dañinos todavia. ¡Por esta cuenta hay que respetarlo todo!

Pero el instinto del jóven cazador hallábase expuesto á muy rudas pruebas. El bosque estaba por todas partes á propósito para la caza. Ciervos ligeros, esbeltos corzos, huian por la floresta, y ciertamente una bala bien dirigida les hubiera detenido en su carrera. Luégo, aquí y allá aparecian pavos de plumaje color de café con leche; *pécaris*, especie de cerdos salvajes, tan estimados de los aficionados á la carne montesina; agutis, que son los similares de los conejos y liebres en la Amé-

rica meridional, y armadillos de conchas escamosas dibujadas como un mosaico.

Y con efecto, Benito mostraba, más que virtud, un verdadero heroísmo, cuando veia algun tapir, de esos que son llamados *antas* en el Brasil; diminutos elefantes, que ya casi no se encuentran en las riberas del Alto Amazonas y sus afluencias; paquidermos tan buscados por los cazadores á causa de su rareza, y tan apreciados de los gastrónomos por su carne, superior á la del buey, y sobre todo, por la protuberancia de su nuca, que es un bocado de rey.

El fusil quemaba los dedos del jóven; pero, fiel á su juramento, le dejaba descansar.

Pero previno á su hermana que el golpe partiera á pesar suyo, si se encontrase á tiro de un *tamandua assa*, especie de gran oso hormiguero, muy curioso, y que puede ser considerado como una preciosidad en los anales cinegéticos.

Pero, afortunadamente, no apareció el grande hormiguero, como tampoco aquellas panteras, leopardos, jaguares, *guepardos*, conocidos indistintamente con el nombre de *onzas* en la América del Sur, y á los que no se debe dejar que se aproximen demasiado.

—En fin—dice Benito, que se detiene un instante—está muy bien pasearse; pero pasearse sin objeto....

—¡Sin objeto!....—dice la jóven.—Sí, tenemos objeto, que es ver, admirar y visitar por última vez estos bosques de la América central, que no encontraremos en Para, y darles el último adios.

—¡Ah!.... ¡una idea!

La que decia esto era Lina.

—¡Una idea de Lina no podrá ser más que una idea loca!—dice Benito meneando la cabeza.

—Haces muy mal; hermano mio—dice la jóven—en burlarte de Lina, cuando precisamente ella está buscando dar á nuestro paseo el objeto que tanto sientes tú que no tenga.

—Y tanto más, señor Benito, cuando estoy segura que mi idea ha de agradaros—responde la jóven mulata.

—¿Cual es tu idea?—pregunta Minha.

—¿Veis bien esta liana?

Y Lina señala una de esas lianas de la especie de los *cipos*, arrollada á una gigantesca mimosa sensitiva, cuyas hojas, ligeras como plumas, se cierran al menor choque.

—¿Y bien?....—dice Benito.

—Pues propongo—contesta Lina—que todos sigamos esta liana hasta su extremidad.

—Esto es una idea, esto es un objeto en verdad—exclama Benito.—Seguir esta liana, cualquiera que sean los obstáculos, espesuras, tallares, rocas, arroyos, torrentes; no detenerse por nada; pasar aunque....

—Decididamente, tú tienes razon, hermano—dice riendo Minha.—Lina es un poco loca.

—¡Vamos, bueno! responde su hermano. Tú



Aparecían algunas parejas de avestruces

dices que Lina es loca, por no decir que Benito no tiene juicio, puesto que lo aprueba.

— ¡Al hecho! Seamos locos si esto os divierte — responde Minha. — ¡Sigamos la liana!

— ¿No teméis nada? — hizo observar Manuel.

— ¿Todavía objeciones? — responde Benito. ¡Ah! Manuel, tú no hablarías así y ya estarías en marcha, si Minha te esperase á la extremidad.

— Yo me callo, responde Manuel. Yo no digo nada y obedezco, ¡Sigamos la liana!....

Y se les vió partir, gozosos como niños en vacaciones.

Aquel filamento vegetal podia llevarlos muy lejos, si se empeñaban en seguirle hasta su extremidad, como un hilo de Ariadna; con la diferencia que el hilo de la heredera de Minos ayu-

daba á salir del laberinto, y el de que aquí se trata no podia ménos de extraviarlos más.

Aquella era, en efecto, una liana de la familia de las salsas; uno de esos cipos conocidos bajo el nombre de *japicanga roja*, y cuyo largo mide algunas veces muchas leguas. Mas, despues de todo, el honor no estaba ménos comprometido en el negocio.

El cipo pasaba de un árbol á otro, sin solucion de continuidad, tan pronto arrollándose á los troncos, tan pronto formando como una guirnalda entre las ramas; aquí saltando de un almendro á un palisandro; allí de un gigantesco castaño, el *bertholletia excelsa*, á algunas de aquellas palmeras de vino, aquellos *bacabas*, cuyas ramas han sido justamente comparadas por Agassiz á largas



Sin vacilar la joven mulata se lanza resueltamente.

varillas de coral matizadas de verde. Después estaban los *tucumas*, aquellos ficus caprichosamente contorneados como olivos centenarios, y de los cuales no se cuentan menos de cuarenta y tres variedades en el Brasil; allí estaban las especies de euforbáceas que producen el cautchouc, los *gualtos*, hermosas palmeras de tronco liso, fino y elegante; los árboles del cacao, que crecen espontáneamente en las riberas del Alto Amazonas y sus afluentes, y los melaitomos variados, los unos con flores rosadas, y los otros adornados de espigas de bayas blanquecinas.

Mas, ¡qué de paradas, qué de gritos de decepción, cuando la alegre banda creía haber perdido el hilo conductor!..... Se trataba de encontrarle entre la espesura y el montón de plantas parásitas.

—¡Allí, allí!.....—decía Lina.....—yo le veo!
—Te equivocas, respondía Minha—no es él..... es una liana de otra especie.

—Pero, no, Lina tiene razón—decía Benito.
—¡No! Lina tiene la culpa—contestaba naturalmente Manuel.

Y de aquí se originaban discusiones muy serias, muy sostenidas, en las que nadie quería ceder.

Entonces el negro por un lado y Benito por otro, subían á los árboles y trepaban á las ramas enlazadas por la liana, á fin de tomar la verdadera dirección.

Pero nada más difícil de conseguir entre aquella mezcla de espesuras donde serpenteaba la liana, en medio de bromelias *karatas*, armadas de sus punzantes espinas, de orquídeas con flores,

rosas y las labelas violeta, anchas como un guante, y de *oncidiums* más enredados que una madeja de lana entre las patas de un gatillo jugueteo.

Y despues, cuando la liana volvía á bajar al suelo, qué dificultad para tomarla bajo los macizos grupos de licopodios, helicondas de grandes hojas, calandrias de mazorcas rosadas, rhispsalas que la cercaban como la armadura de un hilo de canilla eléctrica, entre los nudos de grandes ipomeos blancos, bajo las cañas de vainilla y en medio de aquella confusion de pasionarias chabacas, viñaloca y sarmientos!....

Y cuando se habia vuelto á encontrar el cipo, ¡qué gritos de alegría y cómo se volvía á continuar el paseo un momento interrumpido!....

Al cabo de una hora, los jóvenes estaban lo mismo, y nada hacia esperar que estuviesen cerca de llegar al famoso cabo. Seguíase con empeño la liana; pero ésta no cedía, y los pájaros volaban á centenares, y los monos saltaban de un árbol á otro como para enseñar el camino.

¿Estorbaba el paso una maleza? El sable de talar hacía un boquete, y toda la banda se introducía por él. O bien, si era una alta roca tapizada de verde, donde la liana se extendía como una serpiente, entonces se subían á ella y se franqueaba el obstáculo.

De pronto, se hallaron en un ancho claro; allí, entre aquel aire libre que le es tan necesario como la luz del sol, se mostraba solitario el árbol de los trópicos por excelencia, el que, segun la observacion de Humboldt, ha acompañado al hombre en la infancia de su civilizacion, el gran nutridor del habitante de las zonas tórridas: un plátano. El largo feston del cipo, arrollado en sus altas ramas se igualaba así de un extremo á otro del claro, y se introducía de nuevo en el bosque.

—¿Nos detenemos por fin?—pregunta Manuel.

—No, y mil veces no—responde Benito.—Adelante, hasta encontrar el cabo de la liana.

—Sin embargo—objetó Minha—pronto será tiempo de pensar en la vuelta.

—¡Oh,—querida señora, todavía, todavía!....—responde Lina.

—¡Siempre!.... siempre!....—añade Benito.

Y los aturdidos se internan de nuevo profundamente en el bosque, que más claro entonces, les permitía avanzar con menos dificultad.

Ademas el cipo oblicuaba al Norte y tendía á volver hácia el rio, habiendo entonces menos inconveniente para seguirle, puesto que se aproximaba á la orilla derecha, por la que sería fácil subir en seguida.

Un cuarto de hora despues, en el fondo de una quebrada y delante de un pequeño afluente del Amazonas, detuviéronse todos. Pero un puente de lianas hecho de *bejuco*s, unidos entre sí por una red de ramaje, atravesaba aquel arroyo. El cipo, dividiéndose en dos filamentos, le servía de

barandilla y pasaba así de una orilla á otra.

Benito, siempre adelante, se habia ya lanzado sobre el piso de aquel camino vegetal.

Manuel quiso detener á la joven.

—Quedaos, quedaos, Minha—la dice.—Benito irá más lejos si quiere; pero nosotros le esperaremos aquí.

—No, venid, venid, querida señora—venid,—grita Lina.—¡La liana se adelgaza; nosotros daremos razon de ella y descubriremos su extremidad!

Y sin vacilar, la joven mulata se lanza resueltamente tras de Benito.

—¡Son dos niños, dice Minha.—Venid—mi querido Manuel, será bueno seguirlos.

Y véase á todos pasando el puente que se balanceaba encima de la quebrada como un columpio, internándose de nuevo bajo las copas de los grandes árboles.

Pero habrian andado unos diez minutos siguiendo la interminable liana, en direccion al rio, cuando todos se detuvieron, y esta vez no sin motivo.

—¿Esto es que por fin hemos llegado al cabo de la liana?—pregunta la joven.

—No, responde Benito; pero harémos bien de no avanzar sino con suma prudencia!.... Ved.

Y Benito les señala el cipo, que perdido entre las ramas de un alto ficus, se agitaba con violentas sacudidas.

—¿Qué produce esto, pues?—pregunta Manuel.

—Quizá algun animal al que no conviene acercarse sin gran cautela.

Y Benito, armando su fusil, hizo seña de que le dejasen marchar y se adelantó unos diez pasos.

Manuel, las dos jóvenes y el negro, permanecieron inmóviles en el mismo sitio.

De repente, Benito lanza un grito y se le ve abalanzarse hácia un árbol. Todos le siguieron en aquella direccion.

¡Espectáculo inesperado y nada á propósito para recrear la vista.

Un hombre colgado por el cuello se agitaba al extremo de aquella liana, flexible como una cuerda, á la que habia hecho un nudo corredizo, y las sacudidas procedían de los movimientos que hacía aún en las últimas convulsiones de la agonía.

Pero Benito se habia lanzado sobre el desgraciado, cortando el cipo con su cuchillo de monte.

El ahorcado cayó al suelo, y Manuel se inclinó sobre él, á fin de consagrarle sus cuidados y volverle á la vida si no era demasiado tarde.

—¡Pobre hombre!....—murmuraba Minha!

—¡Señor Manuel!.... señor Manuel—grita Lina,—todavía respira!.... su corazon late!.... Haced por salvarle!

—Ese es mi verdadero deseo—responde Manuel—y me parece que se está á tiempo de conseguirlo.

—El ahorcado era un hombre de unos treinta años

de edad; un blanco muy mal vestido, muy flaco, y que parecia haber sufrido bastante.

A sus piés habia una calabaza vacía, tirada en el suelo, y un bilboquete de madera, cuya bola, hecha de una cabeza de tortuga, estaba sujeta por medio de una hebra fibrosa.

—¡Ahorcarse, ahorcarse.... y jóven aún!—repetia Lina.—¡Qué será lo que ha podido ponerle en este caso!

Pero los cuidados de Manuel no tardaron en volver la vida á aquel pobre diablo, que abrió los ojos, lanzando un «¡hum!.....» tan inesperado, que Lina, asustada, respondió á aquel grito con otro.

—¿Quién sois, amigo mio?—le pregunta Benito.

—Un ex-ahorcado, segun veo.

—Pero ¿vuestro nombre....

—Esperad un poco que me acuerde—dice pasándose la mano por la frente—Yo me llamo Fragoso, para serviros, y todavía soy capaz de afeitáros, peinaros y componeros, segun todas las reglas de mi arte, porque yo soy un barbero, ó por mejor decir, el más desesperado de los Figaros.

—¿Y como habeis podido intentar....

—¡Eh!..... ¿Qué quereis, mi buen señor?—respondió sonriendo Fragoso.—Un momento de desesperacion, que hubiera sentido mucho si hay sentimientos en el otro mundo. Mas teniendo que recorrer ochocientas leguas de camino todavía y sin una peseta en el bolsillo, esto no es para dar ánimo. Evidentemente, yo habia perdido el valor.

Aquel Fragoso tenía, en suma, una buena y agradable figura, y á medida que iba reponiéndose, se comprendia que su carácter debía ser alegre. Era uno de esos barberos ambulantes que corren las riberas del Alto Amazonas, andando de aldea en aldea y poniendo los recursos de su oficio al servicio de los negros, negras, indios é indias, que les aprecian mucho.

Pero el pobre Figaro, bien abandonado, bien miserable, no habia comido hacia cuarenta y ocho horas, y extraviado en aquel bosque, habia por un momento perdido la cabeza: lo demas ya se sabe.

—Amigo mio—le dice Benito—vais á venir con nosotros á la hacienda de Iquitos.

—¡Con mucho gusto!—respondió Fragoso.—¡Vos me habeis descolgado y yo os pertenezco! Sino, no haberme descolgado.

—¡Eh!..... querida ama, ¿hemos hecho bien en continuar nuestro paseo?—dice Lina.

—¡Ya lo creo!—responde la jóven.

—¡No importa—dice Benito;—jamás hubiera creído que acabariamos por encontrar un hombre al extremo de nuestra liana!

—¡Y sobre todo, un barbero en tal apuro, ahorcándose!—contesta Fragoso.

El pobre diablo, vuelto ya á su natural estado, fué puesto al corriente de lo que habia sucedido. Dió calurosamente las gracias á Lina por la feliz

idea que habia tenido de seguir aquella liana, y todos tomaron el camino de la hacienda, donde Fragoso fué acogido de manera que ya no tuvo más deseos ni necesidad de volver á repetir su triste trabajo.

VIII.

LA JANGADA.

La media milla cuadrada de bosque estaba derribada. Los carpinteros tenían ahora el cuidado de colocar, en forma de balsa, los antiquísimos árboles que yacían tendidos en la explanada de junto al río.

¡Fácil tarea en verdad! Bajo la direccion de Juan Garral, los indios empleados en la hacienda habian desplegado toda su destreza, que es incomparable. Cuando se trata de obras de albañilería ó de construccion marítima, aquellos indígenas son, sin disputa, admirables obreros. Sin más que un hacha y una sierra, trabajan sobre maderas tan duras, que el corte de su herramienta se mella, y no obstante, troncos que no pueden escuadrarse, viguetas que no se sacarian de aquellos enormes troncos, y planchas y tablones que no podrian serrarse sin el auxilio de un aparato mecánico, ellos lo ejecutan fácilmente con su mano diestra, paciente y dotada de una prodigiosa habilidad natural.

Los árboles, una vez arreglados, no habian sido lanzados desde luego al lecho del río. Juan Garral tenía costumbre de proceder de otro modo. Todo aquel monton de troncos habia sido simétricamente colocado sobre una ancha playa plana que él habia hecho rebajar más todavía, en la confluencia del Nanay y del gran río. Allí era donde la jangada debía ser construida, y allí donde el Amazonas se encargaria de ponerla á flote cuando llegase el momento de mandarla á su destino.

Dirémos aquí una palabra explicativa, acerca de la disposicion geográfica de aquel inmenso caudal de agua, que es único entre todos, y á propósito de un singular fenómeno, que los ribereños habian podido justificar *de vista*.

Los dos ríos, que son quizá más extensos que la grande arteria brasileña, el Nilo y el Missouri-Mississippi, corren, el uno del Sur al Norte sobre el continente africano, y el otro del Norte al Sur al traves de la América septentrional. Ambos atraviesan, pues, territorios muy variados en latitud, y por consiguiente, están sujetos á muy diferentes climas.

El Amazonas, por el contrario, corre casi por completo ó al ménos desde el punto donde oblicúa ostensiblemente al Este en la frontera del Ecuador y del Perú, entre la cuarta y segunda paralela Sur. Así, aquella inmensa cuenca se halla bajo la influencia de las mismas condiciones climáticas en toda la extension de su curso.



Los cuidados de Manuel no tardaron en volver la vida á aquel pobre diablo.

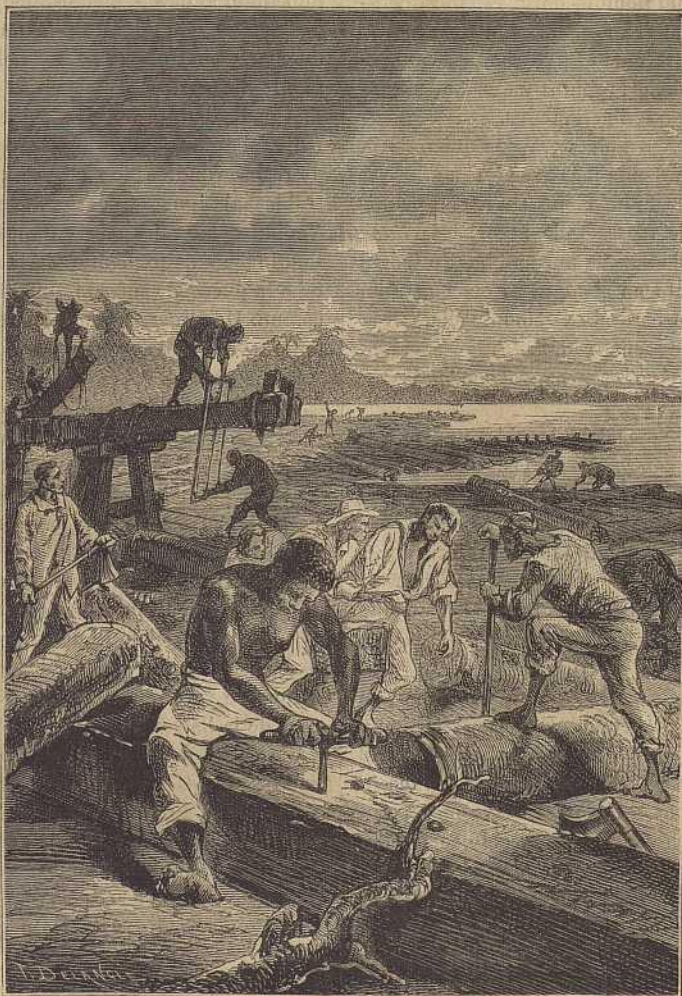
De esto provienen dos estaciones distintas, durante las cuales caen las lluvias con una diferencia de seis meses. En el norte del Brasil es por Setiembre cuando se produce el periodo lluvioso. En el sur, al contrario, es por Marzo. Y por consecuencia de esto, los afluentes de la derecha y de la izquierda no ven crecer sus aguas más que con medio año de intervalo. Resulta, pues, de esta alternativa que el nivel del Amazonas, después de haber llegado al máximo de su elevación en Junio, decrece sucesivamente hasta Octubre.

Esto es lo que Juan Garral sabía por experiencia, y éste era el fenómeno de que intentaba aprovecharse para botar al agua la jangada, después de haberla construido cómodamente á la orilla del río. En efecto, por arriba ó por abajo del nivel

medio del Amazonas puede subir el máximo hasta cuarenta pies, y el minimum bajar hasta treinta. Tal diferencia daba, pues, al hacendado toda facilidad para obrar.

La construcción se principió sin demora. Sobre la ancha explanada fueron los troncos tomando lugar según su grueso, y sin hablar de su grado de flotabilidad, lo cual había que tener en cuenta. En efecto, entre aquellos maderos pesados y duros se encontraba, con corta diferencia, la densidad específica igual con la densidad del agua.

La primera hilada no debía ser construida de troncos unidos. Se dejaba entre ellos un pequeño espacio y se unían por medio de viguetas transversales, que aseguraban la solidez de la unión. Cables de *piacaba* los aseguraban de un lado á otro,



La construccion se principi6 sin demora.

con tanta solidez como un cable de cáñamo. Aquella materia, que se hace de filamentos de cierta palmera muy abundante en las orillas del río, es generalmente empleada en el país. El *piacaba* flota, resiste á la inmersión y se fabrica muy barato, razones que han hecho de él un artículo estimable, admitido ya en el comercio del Viejo Mundo.

Sobre aquella doble fila de troncos y de viguetas se colocaban los tablonés y planchas que debían formar el pavimento de la jangada, que se elevaba treinta pulgadas por encima de la línea de flotación. Había allí una cantidad considerable, lo cual se concibe sin trabajo, teniendo en cuenta que aquel tren de maderas media mil pies de largo por sesenta de ancho, ó sea una superficie de sesenta mil pies cuadrados. En realidad, era un

bosque entero el que se iba á entregar á la corriente del Amazonas.

Aquellos trabajos de construcción estaban hechos bajo la dirección de Juan Garral; mas cuando estuvieron concluidos, la cuestión del arreglo puesta á la orden del día, fué sometida á la discusión de todos, á la cual se invitó también al valiente Fragoso.

Una palabra solamente para explicar cuál había llegado á ser su nueva situación en la granja.

Nunca hasta el día que fué recogido por la hospitalaria familia, el barbero se había encontrado tan feliz. Juan Garral le había ofrecido conducirlo á Para, hacia donde se dirigía, cuando aquella liana, según decía él, le había cogido por el cuello y detenido limpiamente. Fragoso había aceptado,

agradecido de todo corazon, y desde entónces y por gratitud, procuraba hacerse útil de mil modos. Era, por otra parte, un mozo inteligente, y á quien se podría llamar un hombre de dos manos derechas; es decir, que era apto para hacerlo todo y hacerlo bien. Alegre como Lina, siempre cantando y fecundo en dichos prontos y agudos, no habia tardado en ser querido de todos.

Pero con la jóven mulata era con quien decia haber contraído la deuda más grande.

—Fué una famosa idea la que tuvisteis, señorita Lina—repetia sin cesar—de jugar á la *liana conductora*. ¡Ah! de véras que es un bonito juego, aunque ciertamente no siempre se encuentra un pobre diablo de barbero al extremo de ella.

—Aquello fué la casualidad, Sr. Fragoso—repetia Lina riendo;—yo os aseguro que nada me debeis.

—¡Cómo nada! Yo os debo la vida, y pido que se prolongue una centena de años, para que mi gratitud sea más duradera. Ved; mi vocacion no era la de ser ahorcado. Si me ensayé á hacerlo, fué por necesidad. Pues bien mirado, yo preferia aquello á morir de hambre, y á servir, ántes de estar muerto del todo, de pasto á las fieras. Así, aquella liana es un lazo entre nosotros, y vos lo podeis decir muy bien.

La conversacion continuaba, por lo regular, en un tono festivo. En el fondo, Fragoso estaba muy reconocido á la jóven mulata por haber tomado la iniciativa de su salvacion, y Lina no era insensible á los testimonios de aquel bravo mozo, tan sencillo, tan franco y tan bien parecido como ella. Su amistad no dejaba de ocasionar algunos alegres «¡ah.... ah!...» por parte de Benito, de Cibéles y de algunos otros.

Volvamos, pues, á la jangada: despues de la discusion, fué acordado que la instalacion sería tan completa y tan cómoda como fuese posible, puesto que el viaje debía durar algunos meses. La familia Garral estaba compuesta del padre, la madre, la hija, Benito, Manuel y sus sirvientas Cibéles y Lina, que debian ocupar una habitacion aparte. A esta pequeña poblacion hay que añadir cuarenta indios, cuarenta negros, Fragoso, y el piloto á quien sería confiada la direccion de la jangada.

Un personal tan numeroso no era más que lo estrictamente suficiente para el servicio de á bordo. En efecto; tratábase de navegar en medio de las revueltas del rio, entre aquellos centenares de islas y de islotes que embarazan el paso. Si la corriente del Amazonas suministraba el motor, no imprimia la direccion, y de aquí la necesidad de aquellos ciento sesenta brazos, necesarios para el manejo de largos bicheros destinados á mantener el enorme tren de maderos á igual distancia de ambas bas orillas.

Desde luégo se trató de construir la habitacion del amo en la parte posterior de la jangada. Dis-

púose de modo que contuviese cinco cuartos y una gran sala de comer. Uno de estos cuartos era para Juan Garral y su mujer; el otro, que estaba inmediato al de sus señores, para Lina y Cibéles, y el tercero, para Benito y Manuel. Minha tendria un cuarto aparte, que no sería el ménos cómodamente dispuesto.

Aquella habitacion fué cuidadosamente construida de planchas de madera bien impregnadas de resina fundida, lo cual debia hacerlas impenetrables al agua, y perfectamente calafateadas. Ventanas laterales y ventanas de fachada las iluminaban alegremente. En la parte anterior estaba la puerta de entrada, que daba paso á la sala comun. Una ligera *verandah*, que protegía la parte anterior contra la accion directa de los rayos del sol, descansaba sobre esbeltos bambús.

El todo estaba pintado de color de ocre, que despedía el calor en lugar de absorberle y producía en el interior una temperatura media.

Pero cuando la *gran obra*, como se decia, estuvo terminada, segun los planes de Juan Garral, Minha intervino diciendo:

—Padre, ahora que, por tus cuidados, tenemos paredes y techo, queremos que nos permitas arreglar esta habitacion á nuestro gusto. Lo de fuera te pertenece, pero lo de adentro es de nosotras. Mi madre y yo queremos que esto sea como si la casa de la hacienda de Iquitos nos siguiera en el viaje, á fin de que puedas figurarte que no has salido de ella.

—Obra á tu gusto, Minha—responde Juan, sonriendo con aquella triste sonrisa que algunas veces aparecia en sus labios.

—Esto será hermoso.

—Yo me remito á tu buen gusto, mi querida hija.

—Esto nos hará honor, padre—responde Minha—y será digno del hermoso país que vamos á atravesar, ese país que es el nuestro y en el que tú vas á volver á entrar despues de tantos años de ausencia.

—Sí, Minha, sí—contesta Juan;—esto va á ser como si volviéramos de un destierro.... de un destierro voluntario.... Haz, pues, hija mia, todo lo mejor que puedas.... Yo apruebo desde luégo lo que ejecutes.

A la jóven y á Lina, á las cuales se unieron voluntariamente Manuel por una parte y Fragoso por otra, correspondia el cuidado de adornar el interior de la habitacion. Con un poco de imaginacion y de gusto artístico, debian llegar á hacer muy bien las cosas.

Dentro, desde luégo tuvieron colocacion, naturalmente, los más bonitos muebles de la hacienda, los que serian vueltos á enviar despues de la llegada á Para, por medio de cualquier *igaritea* del Amazonas.

Mesas, sitaliaes de bambú, canapés de caña, rinconeras de madera esculpida, todo lo que cons-

tituye el vistoso mobiliario de una habitacion de la zona tropical, fué colocado con mucho gusto en la casa flotante. Se conocia bien, aparte de la colaboracion de los dos jóvenes, que la mano de las mujeres habia dirigido aquella colocacion. Y no vaya á creerse que la madera de los muros quedó desnuda, no. Las paredes estaban ocultas bajo colgaduras del más vistoso aspecto. Aquellas colgaduras hechas de preciosas cortezas de árboles, por ejemplo, del *tuturís*, se levantaban en anchos pliegues, como el brocado y el damasco más suave y las más ricas telas del mueblaje moderno. Sobre el suelo de las habitaciones, pieles de jaguar notablemente atigradas, y pieles espesas de monos, ofrecian á los piés una delicada y suave alfombra. Algunas ligeras cortinas de la seda rojiza que produce el *suma-uma*, pendian de las ventanas. En cuanto á las camas, cubiertas con sus mosquiteras, almohadas, colchones y cojines, estaban llenos de esa sustancia fresca y elástica que se saca del *bombax* en la alta cuenca del Amazonas.

Y luégo, por todas partes, sobre las rinconeras, sobre las consolas, esas bonitas bagatelas traídas de Río Janeiro ó de Belem, tanto más preciosas para la jóven, cuanto que eran regalo de Manuel. ¿Qué cosa más agradable á la vista que aquellos objetos, regalos de una mano querida y que tanto hablan sin decir nada?

En pocos dias, el interior estuvo enteramente arreglado de modo que se creeria estar en la misma casa de la hacienda, y no se hubiera deseado otra para vivir sedentariamente bajo algun hermoso bosquecillo de árboles, á la orilla de una corriente de agua viva. Miétras bajase entre las orillas del gran rio, no desmereceria de los sitios pintorescos que pasarian á sus lados.

Aun hay que añadir que aquella casa no agradaba ménos á la vista por fuera que por dentro. En efecto; en la parte exterior, los dos jóvenes habian rivalizado en gusto é imaginacion. La casa estaba literalmente cubierta de follaje, desde el basamento hasta el último arabesco del techo. Aquello era un cúmulo de orchideas, de bromelias y plantas trepadoras, todas en flor, plantadas en cajones de buena tierra vegetal, ocultas bajo espesillos de verde. El tronco de una mimosa ó de un ficus no se hubiera encontrado cubierto de un adorno más *tropicalmente* brillante. ¿Qué de caprichosos ramajes; qué de rubelías rojas; de pámpanos amarillo de oro; qué de racimos multicolores, de sarmientos entrelazados sobre las curvas que sostenian la extremidad del techo, sobre los arcos del mismo y las bóvedas de las puertas. Todo esto se habia tomado á manos llenas en los bosques inmediatos á la hacienda. Una liana gigantesca unia entre sí todos aquellos parásitos, dando muchas veces vuelta á la habitacion, enganchándose á todos los ángulos, formando guirnalda en las partes salientes del edificio,

bifurcándose y echando á diestro y siniestro sus fantásticas ramillas, no dejando ver casi nada de la habitacion, que parecia estar oculta bajo un inmenso matorral de flores.

Por una atencion delicada, y cuyo autor se reconocia fácilmente, el extremo de aquel *cipo* se desplegaba en la ventana misma de la jóven mulata. Hubiérase dicho que aquel largo brazo le tendia un ramillete de flores, siempre frescas, á traves de la persiana.

En suma, todo aquello estaba encantador. Inútil es decir si Yaquita, su hija y Lina estarian contentas.

—A poco que lo hubierais querido—dice Benito—plantamos árboles sobre la jangada.

—¡Arboles!—responde Minha.

—¿Y por qué no?—contesta Manuel.—Trasplantados con buena tierra sobre esta sólida plataforma, estoy seguro que prosperarian; tanto mejor cuanto que no habia que temer por ellos el cambio de clima, puesto que el Amazonas corre invariablemente bajo la misma paralela.

—Y, por otra parte—dice Benito—¿no lleva todos los dias el rio islotes de hierba arrancados de los ribazos de las islas del mismo rio? ¿No pasan con sus árboles, sus bosquecillos, sus malezas y sus rocas y praderas, para ir á perderse en el Atlántico, á ochocientas leguas de aquí? ¿Por qué, pues, nuestra jangada no habia de trasformarse en un jardin flotante?

—¿Quereis un bosque, señorita Lina?—pregunta Fragoso, que no dudaba de nada.

—Sí, un bosque—exclama la jóven mulata—un bosque con sus pájaros, sus monos....

—Sus serpientes, sus jaguares—dice Benito.

—Sus indios, sus tribus nómadas—añade Manuel.

—Y tambien sus antropófagos.

—Pero ¿dónde vais, Fragoso?—pregunta Minha, viendo al diligente barbero subir por el ribazo.

—A buscar el bosque—responde Fragoso.

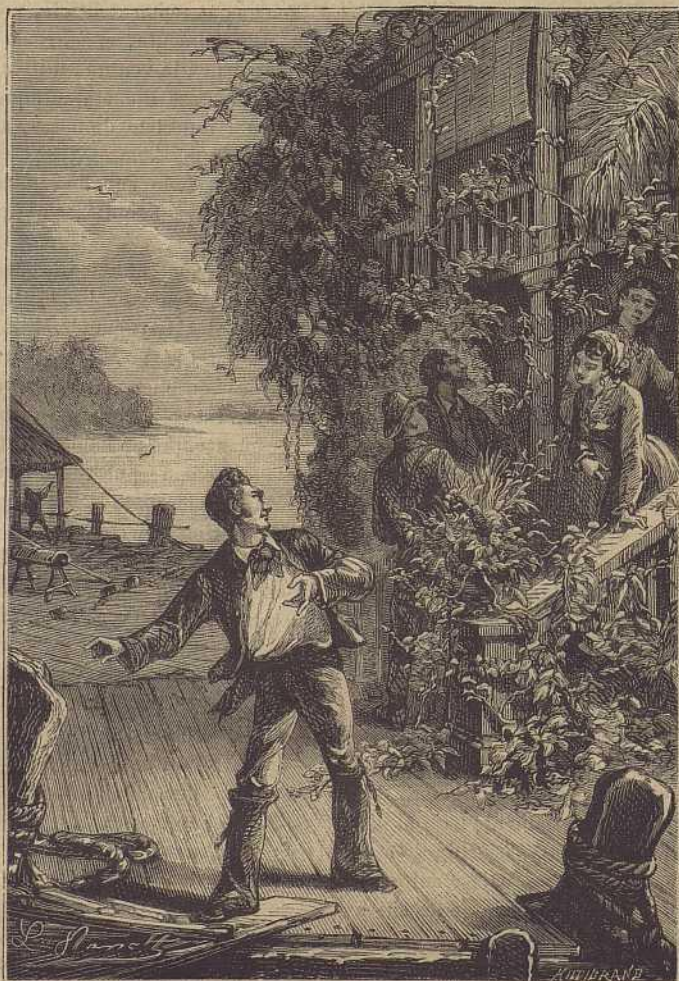
—Es inútil, amigo mio—contesta Minha sonriendo;—Manuel me ha ofrecido un ramillete, y yo estoy contenta. Verdad es—añade mostrando la habitacion oculta bajo las flores—verdad es que él ha encerrado nuestra casa en su ramillete de bodas.

IX.

LA TARDE DEL 5 DE JUNIO.

Miétras que se construia la casa del amo, Juan Garral se habia ocupado tambien del arreglo de las habitaciones generales, que comprendian la cocina y la repostería, en las que se habia almacenado toda clase de provisiones.

En primer lugar, habia un importante depósito de raíces del arbolillo, alto de seis á siete piés, que produce el *manioca*, del que los habitantes



A buscar el bosque, responde Fragoso.

de las comarcas intertropicales hacen su principal alimento. Aquella raíz, parecida á un largo rábano negro, se cria en grupos como la patata. Si en las regiones africanas no es venenosa, es cierto que en la América del Sur contiene un jugo de los más dañosos, que se extrae previamente por medio de la presión. El resultado que se obtiene de esta raíz es una harina que se utiliza de diferentes maneras y también bajo la forma de tapioca, según el gusto de los indígenas.

Así, á bordo de la jangada había un verdadero silo de aquel útil producto, destinado á la manutención general.

Respecto al depósito de viandas, sin olvidar todo un rebaño de carneros, mantenidos en un establo especial construido en la parte de adelante,

consistían, sobre todo, en cierta cantidad de aquellos jamones *presuntos* del país, que son de excelente calidad, y además se contaba también con el fusil de los jóvenes, y de algunos indios, excelentes cazadores, á quienes no faltaba nunca la caza, y que no les faltaría en las islas y bosques ribereños del Amazonas.

El río, por otra parte, debía proveer con abundancia para el consumo diario. Langostinos, que más bien debían llamarse cangrejos; *tambagus*, el mejor pescado de toda aquella cuenca, de un gusto más delicado que el salmón, al cual se ha comparado algunas veces; *pira-rucus*, de escamas encarnadas, grandes como los esturiones ó sollos que en estado de sazón se expenden por todo el Brasil en considerables cantidades; *candirus*, peligro-



Delante se elevaba el sitio destinado al piloto.

esos de pescar y muy buenos de comer; *piranhas* ó peces-diablos, rayados de listas encarnadas y largos de treinta pulgadas; tortugas grandes y pequeñas, que se cuentan por millares y que forman en gran parte el alimento de los indígenas; todos estos productos del río debían figurar sucesivamente en la mesa de los amos y de los servidores.

Cada día, pues, se podían ocupar de una manera regular en la caza y en la pesca.

En cuanto á las bebidas, había una buena provision de todo lo mejor que el país produce: *caysuma* ó *machachera* del Alto y del Bajo Amazonas, líquido agradable, de sabor acidulado, que se destila de la raíz hervida del manioca dulce; *beiju* del Brasil, especie de aguardiente nacional; *chicha* del Perú; *mazato* del Ucayali, extraído de las

frutas hervidas, prensadas y fermentadas del bananero; *guarana*, especie de pasta hecha con la doble almendra del *pauhinia servillis*, una verdadera tablilla de chocolate por el color, que se reduce á fino polvo y que mezclada con agua facilita una excelente bebida.

Y no era esto todo. Hay en aquellas comarcas una especie de vino de color violeta oscuro, que se saca del jugo de las palmeras *ass-ais*, y del que los brasileños estiman mucho el gusto aromático. De éste había á bordo un respetable número de frascos (1), que sin duda estarían vacíos al llegar á Para.

Ademas, la bodega especial de la jangada hacía

(1) El frasco portugués contiene cerca de dos litros.

honor á Benito, que se habia constituido ordenador en jefe de ella. Algunos cientos de botellas de Jerez, Setubal y Porto, recordaban nombres queridos de los primeros conquistadores de la América del Sur. Además, el joven dispensero habia colocado en la bodega algunas *damajuanas* (1) llenas de aquel excelente *tafia*, que es un aguardiente de azúcar, un poco más fuerte que el *beiju* nacional.

En cuanto al tabaco, no habia nada de aquella grosera planta, con que se contentan los indígenas de la cuenca del Amazonas. Venía directamente de Villabella da Imperatriz, es decir, de la comarca donde se recolecta el tabaco más estimado de toda la América Central.

De esta manera, pues, se hallaba dispuesta en la parte posterior de la jangada la habitacion principal, con sus anexas, cocina, despensa y bodega, formando el todo una parte reservada á la familia Garral y sus sirvientes.

Hacia la parte media se habian construido las barracas para el alojamiento de los indios y de los negros. Aquel personal debia estar allí en las mismas condiciones que en la hacienda de Iquitos, y dispuesto siempre á maniobrar bajo la direccion del piloto.

Mas para alojar todo aquel personal habia cierto número de habitaciones, que debian dar á la jangada el aspecto de una pequeña aldea en marcha. Y á la verdad tenia más construcciones y estaba más habitada que muchas de las aldeas del Alto Amazonas.

Juan Garral habia reservado para los indios verdaderas barracas, especie de chozas sin tapias, y cuyo techo de follaje está sostenido por ligeras varas ó recalzos de árbol. El aire circulaba libremente á traves de estas construcciones abiertas, y mecía las hamacas, colgadas en el interior.

Allí, aquellos indígenas, entre los que habia tres ó cuatro familias completas, con mujeres y niños, estarían alojados como lo estaban en tierra.

Los negros habian encontrado en el tren flotante sus *ajupas* habituales, que se diferenciaban de las barracas en que estaban herméticamente cerradas por sus cuatro fachadas, de las que una sola daba acceso al interior de la casa. Los indios, acostumbrados á vivir al aire libre y en plena libertad, no habian podido acostumbrarse á aquella especie de prision del ajupa, que convenia mejor á la vida de los negros.

En fin, en la parte anterior se encontraban verdaderos docks ó almacenes, conteniendo la mercancía que Juan Garral trasportaba á Belem al mismo tiempo que el producto de sus bosques.

Allí, en aquellos vastos almacenes y bajo la direccion de Benito, el rico cargamento habia sido colocado con tanto orden como si hubiese sido cuidadosamente estivado en la cala de un buque.

En primer lugar, siete mil arrobas (1) de caoutchouc componian la partida más preciosa de aquel cargamento, puesto que la libra de aquel producto valia entónces de tres á cuatro francos. La jangada llevaba tambien cincuenta quintales de zarzaparrilla: esta planta constituye una importante rama del comercio de exportacion en toda la cuenca del Amazonas, y que va haciéndose muy rara en las orillas del rio, á causa del poco cuidado que los indígenas tienen en respetar los tallos cuando la recogen. Habas de Tonkin, conocidas en el Brasil con el nombre de *cumarus*, y que sirven para extraer ciertos aceites esenciales, sasafras, del que se saca un bálsamo precioso para las heridas; fardos de plantas tintóreas, cajas de diversas gomas, y cierta cantidad de maderas preciosas, completaban aquel cargamento, de un fácil y lucrativo despacho en las provincias de Para.

Quizá se extrañará que el número de indios y de negros embarcados fuese únicamente el que exigia la maniobra de la jangada. ¿No hubiera sido mejor haber llevado mayor número, en la prevision de un ataque de las tribus ribereñas del Amazonas?

Era inútil. Aquellos indígenas de la América Central no son temibles, y ya han cambiado mucho los tiempos en que habia que prevenirse seriamente contra sus agresiones. Los indios de las riberas pertenecen á las tribus pacíficas, pues los más feroces se han retirado ante la civilizacion, que se propaga poco á poco á lo largo del rio y de sus afluencias. Los negros desertores, y los fugados de las colonias penitenciarias del Brasil, Inglaterra, Holanda ó Francia, serian únicamente los que habia que temer. Pero aquellos fugitivos son en muy corto número, y vagan por grupos aislados á traves de los bosques y de las sabanas, y la jangada estaba en disposicion de rechazar cualquier ataque de aquellos corredores de bosques.

Por otra parte, hay ya muchos puestos sobre el Amazonas, aldeas, lugarcitos y misiones en gran número. Aquello, más que un desierto que atraviesa la inmensa corriente de agua, es una cuenca que se coloniza de dia en dia. De esta manera no habia que contar con ningun peligro. Ninguna agresion era de prever.

Para acabar de describir la jangada, sólo nos resta hablar de dos ó tres construcciones de naturaleza bien diferente y que acababan de darla un muy pintoresco aspecto.

Delante se elevaba el sitio del piloto; y se dice delante y no detras, donde se encuentra habitualmente el sitio del timonel. En efecto, en las condiciones de aquella navegacion, no habia necesidad de hacer uso de un gobernalle. Largos palos de virar, manejados por cien brazos vigorosos,

(1) Damajuanas, vasija grande de vidrio, llamada tambien *cassana* por su figura; su contenido varia de 15 á 25 litros.

(1) La arroba española tiene 25 libras; la portuguesa, un poco más, ó sea 32 libras.

ejercerian su accion sobre un tren de aquel tamaño. Por medio de largos bicheros y de mástiles pequeños apoyados lateralmente en el lecho del río, se mantenía la jangada en la corriente ó se guiaba su direccion cuando se desviaba. Por este medio podia acercarse á una orilla ó á la otra cuando se tratase de hacer alto por un motivo cualquiera. Tres ó cuatro *ubas*, dos piraguas con su aparejo, iban á bordo y facilitaban comunicarse con las orillas. El papel del piloto se reducía, pues, á reconocer los pasos del río, las desviaciones de la corriente, los remolinos que convenia evitar, las ensenadas y ancones que ofrecian un anclaje seguro, y para hacer todo esto es por lo que convenia que su puesto estuviese en la parte delantera.

Si el piloto era el director material de aquella inmensa máquina, otro personaje debia ser el director espiritual. Éste era el Padre Passanha, que desempeñaba la mision de Iquitos.

Una familia tan religiosa como la de Juan Garral debia aprovechar con ánsia aquella ocasion de llevar consigo un anciano sacerdote á quien tanto veneraba.

El Padre Passanha, de edad entónces de setenta años, era un hombre de bien, lleno enteramente de fervor evangélico; un sér caritativo y bueno, y que en medio de aquellas comarcas donde los representantes de la religion no siempre dan el ejemplo de las virtudes, él aparecia como el tipo perfecto de aquellos grandes misioneros que tanto han hecho por la civilizacion en el centro de las regiones más salvajes del mundo.

Cincuenta años hacia que el Padre Passanha vivia en Iquitos, en la mision de que era jefe. Era amado de todos y merecia serlo. La familia Garral le tenia en mucha estima. Él era el que habia casado á la hija del granjero Magallanes y jóven comisionado recogido en la hacienda. Él habia visto nacer á sus hijos, les habia bautizado é instruido, y esperaba darles tambien la bendicion nupcial.

La edad del Padre Passanha no le permitia ejercer más su trabajoso ministerio. La hora del retiro habia sonado para él. Acababa de ser reemplazado en Iquitos por un misionero más jóven, y se disponia á volver á Para, á fin de acabar sus dias en uno de aquellos conventos que están reservados á los ancianos servidores de Dios.

¿Qué ocasion mejor podia presentársele para bajar al río en compañía de aquella familia, que era como la suya? Se le habia propuesto ser del viaje y habia aceptado, y en llegando á Belem, á él estaba reservado unir la jóven pareja, Minha y Manuel.

Aunque el padre Passanha durante el viaje debia tomar asiento en la mesa de la familia, Juan Garral habia querido mandarle construir una habitacion aparte, y Dios sabe con cuánto cuidado Yaquita y su madre se habian ingeniado para ha-

cérsela cómoda. Ciertamente, el anciano sacerdote jamas habia estado tan bien alojado en su modesto presbiterio.

Y con todo, el presbiterio no era suficiente para el padre Passanha. Necesitaba tambien la capilla.

La capilla, pues, habia sido edificada en el centro mismo de la jangada, y un pequeño campanario la coronaba.

Era bien pequeña, sin duda, y no podia contener todo el personal de á bordo; pero estaba ricamente adornada, y si Juan Garral encontraba su propia habitacion sobre aquel tren flotante, el padre Passanha no debia echar de ménos su pobre iglesia de Iquitos.

Tal era, pues, el maravilloso aparato que debia bajar por todo el curso del Amazonas. Hallábase sobre la playa, aguardando que el río mismo viniese á levantarla, lo cual no debia tardar en suceder, segun los cálculos y observaciones de la crecida.

A la fecha del 5 de Junio todo estaba pronto.

El piloto, que habia llegado la víspera, era un hombre de cincuenta años, muy práctico en las cosas de su oficio, pero un poco aficionado á beber. A pesar de esto Juan Garral le tenia en mucha estima y le habia empleado en conducir trenes de madera á Belem, sin tener jamas que arrepentirse.

Por otra parte, conviene añadir que Araujo—este era su nombre—no veia nunca mejor que cuando algunos vasos de aquel áspero tafia, sacado del jugo de la caña de azúcar, le habia aclarado la vista. Por tanto, nunca navegaba sin cierta damajuana, llena de aquel licor y á la cual hacía una asidua corte.

La crecida del río se habia manifestado sensiblemente hacia ya algunos dias. De instante en instante el nivel se elevaba, y durante las cuarenta y ocho horas que precedieron á su máximo, las aguas crecieron lo bastante para cubrir la playa de la hacienda, mas no todavia para levantar el tren de maderas.

Aunque el movimiento estuviese asegurado y no hubiera lugar á error posible acerca de la altura que la creciente debia tener sobre la balsa, la hora psicológica no debia llegar sin causar alguna emocion á todos los interesados.

El 5 de Junio, pues, cerca de la tarde, los futuros pasajeros de la jangada se hallaban reunidos en una meseta que dominaba la playa, lo ménos en cien piés, y todos esperaban la hora con una especie de ansiedad bien comprensible.

Allí se encontraban Yaquita, su hija, Manuel Valdés, el padre Passanha, Benito, Lina, Fragoso, Cibéles y varios criados indios y negros de la hacienda.

Fragoso no podia estar en un sitio; iba, venia, bajaba del ribazo, subia á la plataforma, hacía señales y prorumpia en aclamaciones, cuando las aguas hinchadas llegaban á tocarles.

—El tren que debe llevarnos á Belem—exclamaba—flotará, flotará, aun cuando fuera preciso que

todas las cataratas del cielo se abriesen para hinchar el Amazonas!

Juan Garral se hallaba sobre la jangada con el piloto y un numeroso acompañamiento. A él correspondía tomar todas las medidas necesarias en el momento de la operación. La jangada, por su parte, estaba bien amarrada á la orilla por medio de fuertes cables, y no podía ser arrastrada por la corriente cuando llegase á flotar.

Una tribu entera de ciento cincuenta á doscientos indios de las cercanías de Iquitos, sin contar la población de la aldea, había venido para asistir á aquel interesante espectáculo.

Aquella multitud, impresionada, miraba y guardaba un silencio casi completo.

Hacia las cinco de la tarde, el agua tenía un nivel superior al de la víspera—más de un pie—

y la playa desaparecía ya por completo bajo la líquida sabana.

Cierto estremecimiento se propaga á través de las tablas de la enorme armazón; pero aún faltan algunas pulgadas para que se destaque y levante completamente del fondo.

Durante una hora, los estremecimientos se aumentan. Los maderos crujen y se verifica una operación que arranca poco á poco los troncos de su lecho de arena.

Cerca de las seis y media estallan los gritos de alegría. La jangada flota, en fin, y la corriente la lleva hacia el medio del río; pero á favor de sus amarras, vuelve tranquilamente á colocarse junto á la orilla, en el momento en que el padre Passanha la bendice, como bendeciría un buque de mar, cuyos destinos se colocan en las manos de Dios.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

ÍNDICE.

	PÁGINAS.
I.—Un Capitan de los bosques.	5
II.—Ladron y robado.	10
III.—La Familia Garral.	15
IV.—Vacilaciones.	20
V.—El Amazonas.	24
VI.—Un Bosque por tierra.	29
VII.—Siguiendo una liana.	32
VIII.—La Jangada.	39
IX.—La Tarde del 5 de Junio.	43

FIN DEL ÍNDICE.

OBRAS NUEVAS.

ERCKMANN-CHATRIAN.

WATERLÓO.

DOS PARTES, EDICION ILUSTRADA.

2 pesetas en toda España.

LUCIANO BIART.

LA FRONTERA INDIA.

DOS PARTES, EDICION ILUSTRADA.

2 pesetas en toda España.

ALBUM-ORTEGO.

COLECCION DE CARICATURAS, CON EL RETRATO DEL AUTOR.
DOS PARTES.

2 pesetas en toda España.

BIBLIOTECA CIENTÍFICA-RECREATIVA.

A. GUILLEMIN.

EL SONIDO.

Un tomo en 8.º, de 216 páginas. Pesetas, 1,25.

EN PUBLICACION.

LOS PAÍSES DEL EXTREMO ORIENTE,

POR DON JUAN M. PEREIRA.

EDICION ILUSTRADA CON MAGNÍFICOS GRABADOS.

La obra constará de 10 series de 4 entregas, á 2 pesetas la série.
Se remite la primera entrega grátis á quien lo solicite.

OBRAS COMPLETAS DE JULIO VERNE

ILUSTRADAS CON GRABADOS.

ÚLTIMA PUBLICADA.

LA JANGADA.

(PRIMERA PARTE.)

VAN PUBLICADAS.

	Ptas. Cént.		Ptas. Cént.
Los Ingleses en el Polo Norte.	» 75	Miguel Strogoff. (Segunda parte.)	1 25
El Desierto de Hielo.	1 »	Las Indias Negras.	1 25
Cinco Semanas en Globo.	1 »	Héctor Servadac. (Primera parte.)	1 25
Viaje al Centro de la Tierra.	1 »	Héctor Servadac. (Segunda parte.)	1 25
Los Hijos del Capitan Grant en la América del Sur.	» 75	Un Capitan de Quince Años. (Primera parte.)	1 25
Los Hijos del Capitan Grant en la Australia.	1 »	Un Capitan de Quince Años. (Segunda parte.)	1 25
Los Hijos del Capitan Grant en el Océano Pacífico.	1 »	Los Descubrimientos del Globo. (Primera parte.)	1 25
De la Tierra á la Luna.	» 75	Los Descubrimientos del Globo. (Segunda parte.)	1 25
Alrededor de la Luna, segunda parte De la Tierra á la Luna.	1 25	Los Descubrimientos del Globo. (Tercera parte.)	1 25
Un Descubrimiento Prodigioso.	» 50	Los Descubrimientos del Globo. (Cuarta parte.)	1 25
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (Primera parte.) Del Atlántico al Pacífico.	1 »	Los Quinientos Millones de la Princesa. . . .	1 25
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (Segunda parte.) Del Pacífico al Atlántico.	1 25	Los Amotinados de la Bounty. — Un Drama en Méjico. — Estas dos novelitas, encuadernadas bajo una cubierta.	1 50
Una Ciudad Flotante.	» 75	Las Tribulaciones de un Chino en China. . . .	1 25
De Glasgow á Charleston.	» 50	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (Primera parte.)	1 25
Aventuras de tres Rusos y de tres Ingleses en el Africa Austral.	1 »	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (Segunda parte.)	1 25
Un Capricho del Doctor Ox.	» 75	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (Tercera parte.)	1 25
La Vuelta al Mundo en Ochenta Dias. (Primera parte.)	1 »	Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (Cuarta parte.)	1 25
La Vuelta al Mundo en Ochenta Dias. (Segunda parte.)	1 »	La Casa de Vapor. (Primera parte.)	1 »
Una Invernada entre los Hielos. (El capitan Cornubie.)	» 50	La Casa de Vapor. (Segunda parte.)	1 »
Maese Zacarias. — Un Drama en los Aires. — Estas dos novelitas, encuadernadas bajo una cubierta.	» 50	La Casa de Vapor. (Tercera parte.)	1 »
Ten Avistados del Aire.	1 25	La Casa de Vapor. (Cuarta parte.)	1 »
La Isla Misteriosa. (Segunda parte.) El Abandonado.	1 25	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (Primera parte.)	1 »
La Isla Misteriosa. (Tercera parte.) El Secreto de la Isla.	1 25	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (Segunda parte.)	1 »
El Chancellor.	1 »	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (Tercera parte.)	1 »
Martin Paz.	» 50	Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (Cuarta parte.)	1 »
El País de las Pielas. (Primera parte.)	1 25	La Jangada. (Primera parte.)	1 »
El País de las Pielas. (Segunda parte.)	1 25		
Los Grandes Viajes y los Grandes Viajeros. . . .	1 »		
Miguel Strogoff. (Primera parte.)	1 25		

PRÓXIMA A PUBLICARSE.

LA JANGADA.

(SEGUNDA PARTE.)

Los Editores han adquirido el derecho exclusivo de dar á luz en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne.

Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, Provincias, Ultramar y Extranjero.